

NRK - VIR

CESAR CASANOVA LOPEZ



NRK-Vir



César Casanova López

<http://cortados.idomyweb.com>

Ver. 20090528 20.00

© 2008 César Casanova López



NRK-Vir por César Casanova López está liberado bajo una licencia Creative Commons: Reconocimiento - No comercial - Compartir bajo la misma licencia 2.5 España. <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/2.5/es/>

La portada es una imagen de César Casanova López bajo la misma licencia.

Escrito en otoño de 2008 con OpenOffice.org

Revisado por Miguel Ángel Casanova López, 2009

*Para la auténtica Lorena,
un verdadero encanto*

Despierto y mis ojos se enfrentan a lo desconocido. Un ser viejo y extraño. Su piel es de ceniza... Una polilla blanca, posada boca abajo en el techo de yeso desconchado. Está ahí, impávida y nivea como una figurita de cristal bañada de una luz pálida. Inmóvil entre una mancha de humedad y dos chicles petrificados. De pronto, se desvanece en la oscuridad más absoluta. Y un segundo después, regresa, iluminada por el mismo fulgor difuso. Aparece y desaparece al ritmo del resplandor titilante. Es un ente impasible que existe y deja de existir al capricho del *maître de lumière*. Mi vista rueda por el techo mohoso y baja después por una pared desnuda, en busca de ese brillo vacilante: una pantalla plana, una televisión. Alguien le ha quitado el sonido. Echan una peli antigua, en blanco y negro. Creo que la he visto antes... Más allá de los píxels las fronteras de la pequeña habitación están sumergidas en la penumbra; pero frente a la pantalla, el escaso mobiliario se ilumina con su claridad. Una mesa de plástico barato; sobre ella un cenicero, un encendedor, cigarros, un mando a distancia. Junto a mi, las manos cobran vida. Palpan la pelusilla vieja sobre la que se quedaron dormidas. Estoy tumbado en un sofá que se hunde bajo mi peso. Apesta a polvo y a tabaco. Está húmedo, quizá de mi propio sudor. Hace calor. Me seco la frente con una mano pegajosa. Me froto los ojos, escuecen. Los vuelvo a abrir, y allí arriba, sin moverse un milímetro, la polilla abandona durante unos segundos su traje sepia. Se viste de rojo, se viste de azul, se viste de rojo... Es incapaz de decidir cuál es su color preferido. Una lejana sirena de policía rompe el hechizo de la habitación y me trae de vuelta al mundo real. El violento sonido escapa entre las calles, no tarda en ahogarse en la distancia. Y el estrecho cuarto vuelve a ser invadido por el blanco y el negro y el silencio. Me pesa el cuerpo. Estoy cansado. Giro el cuello todo lo que da de sí, elevo la vista hasta encontrar los cristales polvorientos de un estrecho balcón. De la calle no llega más que la negrura de la noche. No se escucha ningún ruido, no hay tráfico, nadie, nada. ¿Dónde estoy? Aún tumbado boca arriba, inmóvil como un fiambre en el velatorio, mis ojos recorren la oscuridad. Los muelles cansados del sofá chirrían cada vez que mi cabeza cambia de postura. Busco cualquier cosa que me ayude a recordar a qué lugar he ido a parar, dónde estoy y cómo he llegado hasta aquí. Pero no encuentro más que siluetas inacabadas fundidas en una masa negra. Sombras extrañas de objetos que no reconozco. Las sillas, la mesa, el reloj de pared, la tele... parecen haber estado siempre aquí. Ellas pertenecen a este lugar, yo soy el único extraño... Empiezo a sentir esa angustia. ¿Qué hago tirado en el sofá de un salón que no es el mío? Joder. No recuerdo haber pedido a ningún amigo que me deje dormir en su sofá... Joder. No es una habitación de hotel, no es una pensión, pero tampoco veo esos pequeños detalles... Joder. No hay nada personal aquí. No sé de quién es este puto apartamento. Joder. Soy incapaz de recordar... Joder, no quiero perder la cabeza, no estoy loco. Me pongo en pie, desconcertado, asustado por la amenaza de las sombras temblorosas. Respiro profundamente un par de veces. Tranquilo, joder, tranquilo. Y entonces creo recordar algo. Sí, recuerdo algo. En el fondo de mi mente sé que esta angustia es familiar. Que esto me ha pasado antes. Que estoy haciendo el imbécil. Que soy un puto chiflado de mierda. Busco en los bolsillos de mis vaqueros. La píldora azul rueda por la palma de mi mano durante un instante. *Déjà vu*. No recuerdo, pero sé lo que debo hacer. La lanzo hacia mi boca y me la trago. Vuelvo a sentarme en el sofá e intento calmarme. Mi rostro parpadea al son de la publicidad. Un tío joven, guapo y vigoroso de traje azul y dientes blancos me enseña su palma extendida, una mano blanca y cuidada sobre la que rueda una pastilla azul brillante. La imagen de la píldora se hace cada vez más grande en la pantalla. La

habitación se tiñe de azul. Alcanzo el control remoto y lo estrangulo hasta que consigo quitar el *mute* y la tele lanza su sermón comercial.

- Tome el nuevo Soma. Ahora con vitaminas A, B y C. Soma le proporciona la energía que necesita para superar los obstáculos de la vida diaria. Con la nueva fórmula de Soma, conseguirá esa forma física y esa agilidad mental que siempre ha deseado para usted y los suyos. Compre Soma en supermercados UltraMark. En supermercados UltraMark hallará los mejores precios y una calidad inigualable. Esta semana, llévase tres por el precio de dos. ¡Aprovéchese de nuestras ofertas!

Despierto y mis oídos se enfrentan al quejido digital del despertador. Hasta que logro golpearlo. Es un modelo moderno, también se para con la voz. Yo prefiero golpearlo. Hace calor. Las sábanas están húmedas y se me pegan al cuerpo. Me las quito de encima y las echo a un lado. Estoy cansado. Joder, ¿tengo agujetas? Creo que soñé que trabajaba... Me levanto, me pongo los vaqueros y me voy a mear. Me rugen las tripas. Tengo el estomago vacío. Ayer no debí de cenar demasiado. Me la sacudo y voy hacia la cocina. Al pasar por el salón echo un vistazo al techo de yeso gris, pero la polilla ha desaparecido. Por la ventana polvorienta del balcón entran algunos rayos de sol. Estupendo día, espero. El reloj de pared me dice que llego tarde al curro. El desayuno me sentará mal. Odio las prisas. Pero debo ser puntual. Me pongo una camisa arrugada que encuentro tirada en el respaldo del sofá. Debo darme prisa. Debo ir a currar. Debo cumplir mis tareas. Después tendré que ir al supermercado, creo que me faltan algunas cosas.

Cuando salgo a la calle inundada de gente y de coches y de bicis y de motos, es un día gris, como siempre. Pero está bien, no llueve ni nada. Odio esas gotas frías y marrones con las que nos castiga en ocasiones la Naturaleza. El cielo está cubierto de nubes, y el aire de polvo gris. Hace un calor pegajoso y huele a aceite de motor requemado. Camino deprisa hacia la parada del autobús. El sudor hace que se me peguen al cuerpo los vaqueros y la camisa. Veo aparecer el 288 a la vuelta de la esquina y echo a correr para no perderlo. Dentro del bus, el aire acondicionado golpea con fuerza mi frente sudorosa y mi ropa húmeda. Paso el dorso de la mano por el detector. Sobre él hay una de esas cámaras esféricas, pequeñas y oscuras, que me observa atenta. El torno se desbloquea para que pueda cruzar, pero es el tipo que llevo detrás el que me hace pasar de un empujón. Putos estresados. Voy al fondo y busco un sitio. Está todo abarrotado. De pie, bien agarrado al pasamanos, me apretujo junto al calor de una gorda en chándal. Bloques y bloques de viviendas van sucediéndose tras las ventanillas rayadas. El bus se para, la gente sube. Torres de apartamentos sucias y grises, una tras otra, idénticas, como el escenario continuo de los dibujos animados del siglo pasado. Un rato después, la autopista y las áreas desiertas. Un río de plástico, acero y vidrio cruzando una tierra estéril. Cuando veo estos desiertos, grandes superficies colmadas de... nada... me dan ganas de correr, de pasear por ellas y perderme para siempre. Perderme en la tierras de nadie, entre sus arbustos secos, sus cardos de dos metros de altura, sus montones de escombros y chatarra prehistórica, sus gigantescas torres eléctricas en desuso... Me recuerdan a la libertad, si es que eso existió alguna vez. Pero siempre hay cosas que hacer. Aquí y ahora. Debo trabajar y después tengo que hacer la compra. Tengo que ir a UltraMark... Aburrido, vuelvo a comprobar el tráfico. Nadie se mueve. Cuatro carriles estancados en una misma dirección. Apenas se ve el asfalto bajo los vehículos. Los tubos de escape arrojan bocanadas de humo translúcido que se levantan como serpientes venenosas hacia el cielo encapotado. El río parece vibrar por el calor de los motores, pero fluye tan sólo a duras penas. Nadie se mueve... y me quedo dormido, con la cabeza sobre una almohada de carne flácida. Creo que sueño con el desierto, durante un segundo. Despierto una hora más tarde, y el paisaje ha cambiado por fin. De nuevo edificios grises y tristes, pero mucho más achaparrados. Naves industriales de chapa corrugada y hormigón, dársenas de un puerto seco, estaciones transformadoras, enormes depósitos de materiales químicos, camiones, grúas, contenedores de basura, rejas y garitas de vigilancia. No hay aceras, no hay pasos de cebra ni peatones. Pero sorprendentemente, hay más mierda acumulada en el asfalto que allí en los barrios residenciales. Los vehículos pesados ruedan sobre una capa espesa de latas, bolsas, cartones y ratas aplastadas y renegridas por las rodaduras de miles de neumáticos.

Bajo del autobús y cruzo la verja por la entrada de operarios. Camino hombro con hombro

junto a otros cientos de empleados de mi mismo turno. Avanzan taciturnos, se arrastran como zombies, demasiado cansados y somnolientos para charlar entre ellos. Y como si fueran el estandarte de esta nueva nación global, las cámaras ondean sobre nuestras cabezas, colgadas de astas junto a la entrada de la fábrica. Sus ojos negros nos persiguen, silenciosos, atentos a nuestros pasos. Tras cruzar el parking, llego a la recepción. Las grandes puertas de hierro están abiertas para la muchedumbre que entra. Acerco mi mano al detector y la pantalla de leds parpadea con dígitos azules. El torniquete gira y me empuja hacia el interior. Las 7:58 AM, justo a tiempo. Dos minutos más tarde y volvería a tener problemas con el calvo. En el vestuario, me enfundo el mono blanco encima de los vaqueros y de la camisa fría y húmeda. Doy un paseo hasta mi puesto, siguiendo rigurosamente las líneas coloreadas sobre el suelo de hormigón. Éste es. Un cajón de chapa con una ventana de metacrilato hacia la línea de montaje. Dentro huele a tabaco, a chicle de menta y a sudor añejo. Odio el tabaco y más aún este cóctel de olores. El viejo del turno anterior. Recuerdo haberlo visto alguna vez, tosiendo y fumando y tosiendo. Grandes bocanadas de humo, grandes arrugas, grandes ojeras, grandes círculos amarillos bajo las axilas cuando agarra la colilla diminuta, que casi le quema los labios, y la deja caer con desgana. Demasiado tabaco y poco Soma pueden hacer de ti un tipo triste y maloliente ¿A qué huelo yo? A nada, supongo. Levanto un brazo y aspiro sobre mi sobaco. Quizá a sudor fresco. ¿Me duché ayer? Un chasis desnudo aparece en la línea de montaje, tras el cristal grasiento. Activo los robots. Los brazos mecánicos se mueven de un lado a otro, acariciando con sus dedos de fuego el caparazón metálico del futuro J-BMW 300, un carro que muy pocos se pueden permitir. Supongo que son pocos, porque yo no conozco a ninguno. Saltan las chispas durante un rato. Y después, el detector ultrasónico comprueba las soldaduras. Se enciende la luz verde. Suelto el chasis y llega el siguiente. Activo los robots. Saltan las chispas...

Es la hora del almuerzo. Activo los robots. Saltan las chispas. *Déjà vu*. No, no voy a tomar una en este preciso instante... Sé que es el momento, pero no me apetece. Quizá después de comer, ahora mismo me encuentro bien, no lo necesito. Sigo la línea verde hasta la cafetería, como un acróbata sobre la cuerda floja. Comparado con el del cajón, el aire de la cafetería parece fresco y puro. Huele a pino... a desinfectante con esencia de pino. La mayoría de las mesas ya están ocupadas. Joder, toda esta gente rajando al mismo tiempo me pone de los nervios. ¿Cómo pueden gritar mientras comen? Ganarían a los robots sin ninguna dificultad en un hipotético concurso de ruidos irritantes. A veces me pregunto si existe alguna diferencia sustancial y metafísica entre esta gente y las máquinas. Allí veo un sitio libre, a ver si no me lo quitan antes de que pille la comida. Saco un par de hamburguesas de la máquina. Esta vez están bien envueltas. Junto a la de hamburguesas está la de refrescos. Esta vez me apetece una RedCola. Cuando termino de meter las hamburguesas en el bolsillo del mono, levanto la vista en busca del botón rojo en el panel de selección; pero, antes de que pueda alcanzarlo, un tipo alto y delgado se interpone entre mi dedo índice y la máquina de vending. Y se queda ahí parado, apoyado sobre la expendedora, sonriéndome como un gilipollas. Creo que le he visto antes. Pero no eres mi amigo, carahuevo ¿Por qué me sonríes? Y sigue ahí parado. O es retrasado, o toma demasiado Soma.

- Buenas tardes, camarada -dice al fin, y continúa sonriéndome con esos enormes dientes de caballo. Apártate y deja que saque mi lata de una puta vez.

- Ya... Hola... ¿Me permites, tío? Voy a sacar algo...

- ¿BlueCola o RedCola? Elija bien... -Lleva un mono azul, quizá monta elevalunas en la sección 3A.

- Sí, claro... -El tipo se quita de en medio, por fin. Gilipollas... Saco la lata y me voy hacia la mesa. Sorprendentemente aún sigue libre.

Hay un televisor colgando del techo frente a mi mesa. Con el ruido de la gente apenas puedo oír la estúpida voz de los anuncios. Intento quitar el envoltorio de la hamburguesa. El plástico está fundido con la comida. Lo desgarró con los dientes y el *alimento* se deshace en mis manos. Me empiezo a cabrear, de verdad. El pan está duro y la carne blanda como puré de patatas. Qué bazofia...

- Qué bazofia...

- ¿No le gusta, camarada? -Oh, no... Increíble: El gilipollas de la expendedora se me ha

sentado enfrente. ¿Por qué no me deja en paz?- Si está en mal estado puede poner una reclamación. Los sobres están en un costado de la máquina, junto al buzón. Le devolverán el importe directamente a la cuenta de su biochip, je, je -ríe sin ganas-

- No, no es que esté caducado ni nada. Es sólo que... es una puta mierda... -¿Quién coño es este imbécil?

- Tienes mala cara, hombre... Te faltan vitaminas, algo que te de vitalidad. -¿Ahora me tutea? ¿De qué coño va?- Toma una de éstas, C. ¡Vamos...! -El tipo me acerca la palma de su mano a la cara, y sobre ella rueda una píldora azul. *Déjà vu.*

- No, gracias... Ahora... no me apetece. Quizá más tarde... -Vacilo durante un instante. Quizá debería tomarla. De otro modo, puede que termine convirtiéndome en una escoria deprimente como el viejo del turno anterior... Pero, es que... odio que me provoquen.

- Oh, César, César, César. Bebiendo RedCola, rechazando el Soma que se te ofrece de forma desinteresada, trabajando aquí como un pringado más... Y parece que te lo crees... Me preocupas, camarada. Deberías escoger mejor a tus amistades, elegir la dirección correcta y acabar esta misión antes de que te supere... Esa gente te está llevando por el mal camino, amigo mío. ¿No habrás cambiado de bando... definitivamente? Je, je -joder, odio esa risa-

- Te confundes de tío. Mi nombre es Cornélio, y no sé de qué coño me hablas.

- César... Cornélio... Lo que tú quieras, camarada. ¡Y ahora, tómala! -El tipo es aún más desagradable cuando deja de sonreír. De algún modo extraño logra imponer su autoridad. Joder...

- ¡Vale, tronco! ¡Dame la puta *pasti!* -Se la quito de las manos, y le digo:- ¡Gracias! A tu salud... -le sigo la corriente. Pincho la píldora en la hamburguesa.- ¡*Voilà!* -Le doy un mordisco y mastico con vehemencia.- ¿Contento? ¿Eh? ¿Eh? -le pregunto con la boca llena. Cuando por fin trago esa bola de carne muerta y pan rancio, contesta:

- Yo siempre estoy contento, César. Porque tomo Soma cada mañana, hago lo que tengo que hacer, y cuido de los míos, je, je -me sonrío con esa mueca horrible-. Se un buen chico y haz tu trabajo, ¿vale? -Se pone en pie y se marcha tranquilamente por el comedor repleto de monos de colores. Le sigo con la mirada, mi rostro oculto tras la hamburguesa deshecha, hasta que desaparece de la sala... Y entonces escupo la jodida pastilla sobre la mesa mugrienta. Ha perdido el recubrimiento azul, y no es más que una cagarruta rosada y deforme. La puta pastilla se disuelve con rapidez, al final seguro que he tragado algo. En la tele, los anuncios nos conceden una tregua cuando comienza el telediario.

- *...se predecía, las últimas provincias independientes de la antigua República Popular China decidieron ayer dar un salto hacia el futuro e integrarse finalmente a la Unión Intercontinental. El presidente de la Unión ratificó esta misma mañana desde Washington la aceptación del ingreso de las provincias y la ampliación de las fronteras del gobierno mundial, que abarca ya la mayor parte del planeta. De este modo, las ocho regiones se sumarán como nuevos estados dentro de la gran alianza, tan pronto como los jefes de estado firmen el acuerdo y cedan sus poderes al gobierno global. Los embargos comerciales a los que estaban sometidas siete de las ocho provincias cesarán en los próximos días, y las fronteras quedarán abiertas en lo sucesivo. El presidente de la UI confirmó además que el crudo fluirá de nuevo hacia las regiones Chinas en el plazo de una semana. Finalmente, manifestó a los ciudadanos chinos su seguridad en que la economía y la industria asiática crecerán en los primeros dos años hasta alcanzar el nivel medio del resto de los estados. No obstante, la mejora en su bienestar económico y moral no se hará esperar, e indicó como ejemplo el caso de las naciones separatistas que conformaban la antigua Federación Rusa, que en pocos meses apreciaron una mejora considerable...*

Alguien está jugando con el climatizador, empiezo a sentir bastante frío. La hamburguesa tiembla en mi mano, trocitos de carne y migas caen sobre la mesa. Estoy tiritando. Siento náuseas. El estomago se me revuelve. Pego un sorbo de la lata y trago con fuerza. Pero las burbujas salen disparadas de mi boca antes de llegar al estómago. Joder, que mierda. Tengo la cara empapada de carne picada a medio digerir. Toso un par de veces hasta expulsar las babas agrias de mi conducto respiratorio. La garganta me escuece como si hubiese vomitado cuchillas de afeitar. Al parecer, el géiser ha alcanzado a la chica de la mesa de enfrente. En su chepa y en su cuello pálido. Su mono verde nunca fue tan verde como ahora. Se ha vuelto hacia mí y me taladra con unos ojos grises y vidriosos.

- Pe... Perdona, tía. -La chavala se quita mis fluidos de encima con un puñado de servilletas de papel, resignada. Pero para mí no es tan fácil. Siento que aún no ha llegado lo peor. Estoy enfermo. Sudo como un cerdo y tiemblo de frío al mismo tiempo. Joder, me va a dar algo, me va a dar algo...

Me levanto de la mesa y camino lo más deprisa que puedo hacia la salida. Necesito llegar a los lavabos, lo necesito. Me flaquean las piernas. Intento no llamar demasiado la atención. Las cámaras de videovigilancia, que cuelgan del techo como vampiros, observan atentas mis pasos inseguros. Me concentro para seguir adelante. La cabeza me da vueltas. Tengo que llegar antes de que mis tripas revienten, me salgan por la boca y se esparzan sobre los platos de la peña. Cabrones, no paran de gritar. Me duelen los oídos. ¿Están gritando? Miro de un lado a otro, pero nadie se fija en mí. Quizá no lo hacen a propósito, pero gritan como cerdos en una puta matanza.

Meto la cara en la taza y vomito el desayuno y todo lo demás. Tengo la garganta irritada. Me pincha, me escuece, me duele. Mis brazos tiemblan, a duras penas me sostienen sobre el retrete. Si me resbalo ahora, mi piños se estrellarán contra la cerámica. Me los imagino rompiéndose en mil pedazos como astillas de cristal. Una nueva sacudida me golpea desde el estómago, una nueva arcada. Aj, aj. Otra bocanada de puré agrio. Tengo la garganta irritada. Me pincha, me escuece, me duele. No sé si tengo frío, pero no paro de tiritar. Necesito Soma. Lo he evitado todo el día sin saber por qué. Porque soy gilipollas, yo qué sé por qué. Pero ahora necesito una azul que me cure la estupidez. Me quedo tumbado sobre las baldosas de ajedrez, abrazando la taza del retrete con una mano mientras con la otra rebusco en el bolsillo del mono. Un tornillo... un clip... Aquí están. Saco un puñado y extendiendo la mano frente a mi boca. Por mi palma ruedan cuatro píldoras de color rojo. ¿Qué coño...? Es igual, me las echo a la boca y las trago. Me escuece... y se me ha hecho un nudo en la garganta. Corro el pestillo y salgo a cuatro patas, gateando hasta la fila de lavabos. Escalo por uno de ellos hasta el grifo y chupo del chorro de agua fresca. Poco a poco se me pasan los temblores. Empiezo a sentirme mejor. Recupero las fuerzas y me sostengo sobre la piernas. Apoyo los codos en la pila. Me lavo la cara, me aclaro la boca y me miro en el espejo durante un rato... ¿Qué coño te pasa, tío? Sé normal, sé normal... Soy un puto chalado. Joder...

La puerta del baño se cierra a mis espaldas. He pasado un mal rato, pero ya estoy mejor. Me merezco una recompensa. Aún me quedan diez minutos de descanso. Vuelvo al comedor y pillo otro bote. La mayoría se ha ido ya. Es un desierto de mesas, envases, envoltorios y restos de comida pringada por todas partes. Mi hamburguesa sigue ahí, solitaria como un cadáver en la escena del crimen, abandonada en la mesa frente a uno de los televisores. No pienso tocarla, seguro que está podrida. Pero me siento allí mismo, con mi lata fría de RedCola, y pierdo mi vista en la pantalla. La locutora del telediario sigue ahí. Su voz suave y melódica se escucha ahora alta y clara, reverbera en el vacío, se repite en cada uno de los televisores de la sala.

- ...Nuevos atentados en las regiones fronterizas de la UI, al sur de Chechnya Metroplex. Se responsabiliza a las guerrillas paramilitares del PKK y al cártel NRK de la destrucción de varios edificios gubernamentales en el Distrito Federal del Sur. El viejo edificio Reichstag, sede del parlamento local, y varios colegios de primaria y hospitales de la zona han sucumbido bajo el incendio provocado por los separatistas. El tráfico de drogas y... **¡Despierta! ¡La televisión es manipulación! ¡Quítate el mono! ¡No consumas! ...financian la guerrilla que causa miles de muertos inocentes... ¡El gobierno quemó esos hospitales y esos colegios! ¡Así tiene la excusa que necesita para mantener un estado policial! ¡Deja de colaborar con la opresión! ¡No tomes ese lobotomizante azul! ¡Deshazte del Soma! ...actos terroristas, el gobierno de la Unión Intercontinental se compromete...**

¿Qué coño es eso? Me levanto de la silla como si hubiese cagado un muelle. ¿Quién ha dicho eso? Hay cuatro gatos en la cafetería, y ninguno aparta su cara del plato... Comen y miran la tele, aburridos. Y entonces lo comprendo. La voz está en mi cabeza... Joder, estoy mal, estoy realmente mal. Que alguien me pegue un tiro, por dios. Joder, no puedo estar tan mal. Las cámaras me vigilan. Debo calmarme. Me vuelvo a sentar, y observo con atención la pantalla colgada frente a mis ojos. La imagen de la locutora parpadea, y bajo un fondo de nieve se perfila la silueta de una segunda mujer. Saco otro puñado de pastillas... Son rojas... Son cápsulas de Amos, lo sé, y por eso me las trago...

- ...se establece el estado de excepción en todo el área... ¡C! ¡C! Ven al Rata cuando puedas. Hay reunión esta noche... Y necesito verte. Un beso, te quiero amor ...que no lleve un biochip actualizado y verificado será retenido setenta y dos horas...

Me estoy mareando, otra vez. Las náuseas, otra vez. Creo que me he tragado el tornillo y el clip junto con las píldoras. ¿Qué coño hago aquí? Se me nubla la vista. Me tambaleo, me agarro a la mesa y mi culo resbala de la silla de plástico. Mis manos se sueltan, caigo. Mi cara golpea el hormigón cuando me desplomo como una marioneta sin hilos...

Estoy corriendo... Mis botas vuelan sobre tierra marrón y trozos de ladrillo. ¿Dónde estoy? El cielo brilla con un azul tan intenso que duele. Mi frente está bañada de sudor, y escuece. Mis piernas se detienen poco a poco y me alcanza una nube de polvo. ¿Qué pollas estoy haciendo? Miro alrededor. Estoy en el campo, rodeado de arbustos secos y montículos de escombros y chatarra. A mis espaldas está la autopista. He venido desde allí. Llevo un mono blanco manchado de polvo y sangre seca. Otra vez la misma mierda. Estoy mal, jodidamente mal. No llevo el móvil encima. Son las 16:08. No recuerdo a qué hora es la reunión. ¿Pero dónde coño estoy? Doy media vuelta y corro hacia la autopista.

Camino un rato por el arcén. Hay poco tráfico. Por fin se acerca uno con pinta de pardillo. Me pongo delante, en mitad del carril derecho. El tipo da un frenazo, pero sin llegar a parar me esquivo en el último momento y se larga. Joder. Me quedo mirando a ese puto encorbatado un rato, mientras se aleja en su coche deportivo a toda velocidad. Escucho el petardeo de un motor viejo. Me doy la vuelta, y es ella. La furgoneta se detiene en el arcén. Saca la mano por la ventanilla y me llama para que suba.

- ¿Cómo estás, C? -dice, cuando he cerrado ya la puerta. Es preciosa. Como la recuerdo. Quizá sus ojos brillan menos, sus párpados están hinchados, parece agotada. Su frente se arruga cuando me mira, sonriente.

- ¿Tú que crees? -respondo, fabricando una sonrisa poco convincente incluso para mí.

- Vámonos ya... -Embraga y pisa el acelerador a tope. El trasto se pone en marcha a duras penas. Por el retrovisor veo la estela de humo negro que vamos dejando atrás.

- Deberías hacerte con un carro menos llamativo, cielo.

- Contigo a mi lado sería absurdo intentar pasar desapercibida, cariño -responde ¿Es resentimiento lo que percibo en su voz? Lo comprendo. En el fondo yo también me odio.

- Ya sabes que estoy enfermo, cielo. No es que sea mi intención putearte...

- Lo sé, lo sé... amor. -Me mira. Intenta ser dulce. Está cansada de intentar ser dulce.- ¿Qué te ha pasado en la cabeza? -pregunta, aún con esas arrugas en la frente. ¿Qué me ha pasado en la cabeza? Me palpo el cuero cabelludo. Tengo un huevo enorme de piel lisa y tirante. Cuando llego a la costra de sangre seca me sacude una puñalada de dolor, ouch. Joddder.

- Nada importante... ¿Cómo me encontraste? -Algunos carros caros nos pasan a toda velocidad, mientras la Volkswagen se arrastra con dificultad por la carretera.

- Ahora puedo acceder a su programa de rastreo. -A lo lejos, al final de la culebra de asfalto que zigzaguea sobre el manto ocre del desierto, se divisa el distrito proletario. Una muralla de pisos de treinta plantas, sucias jaulas verticales para la escoria de Metroplex.- Te observan a todas horas... Ven lo que tú ves, escuchan lo que escuchas tú. Conocen tu posición exacta en todo momento. Pero he conseguido hacerme paso hasta el sistema. Ahora también yo puedo jugar con mi César teledirigido. Después de tanto tiempo juntos, amor, ahora es cuando empiezo a conocerte mejor que nunca, ja, ja...

- Pero si pueden ver lo que yo... sabrán que tú...

- Tranquilo. Llevo encima un inhibidor de frecuencias -dice, sin apartar la vista de la carretera-. Tu señal no llegará a ninguna parte mientras estés cerca de mí.

- No debieron deshacerse de ti. Eres un genio.

- Fui yo quien me deshice de ellos, ¿recuerdas? Quizá no... Quizá no estás seguro ni de en qué lado estás... -me suelta, sin venir a cuento. ¿Por qué me tortura?

- Sé de que lado estoy... Me jode que digas eso, Lorena. Es verdad que a veces dudo sobre tonterías... Pero es normal en mi estado, ¿sabes? No estoy seguro de mi capacidad para llevar a cabo esta misión, por ejemplo... ¿Cómo puedo estarlo? Si en ocasiones soy otra persona,

si hacen de mí lo que quieren... ¡Joder! ¡Joder! Si no sé lo que he estado haciendo hace una puta hora... -La desesperación escapa de mis tripas. Duele, duele por dentro. Tengo dos opciones: Llorar o cabrearme.- ¡Joder! -Mis nudillos golpean el techo de chapa corroída. Puto loco. Mi codo hace saltar la ventanilla en mil pedacitos brillantes que caen y ruedan por el arcén. Puto loco. Pataleo como un estúpido. Soy un puto estúpido.- ¡Joder!

- ¿Ya estás contento? El ego no te deja en paz, ¿verdad? Sí, estás acabado. Tu tiempo de spetsnaz pasó, amor mío. Acéptalo. Esta misión es mía. Sé lo que hay que hacer. Aún eres útil, pero debes hacer lo que yo te diga en cada instante, ¿de acuerdo? Confía en mí y todo acabará pronto. Nos largaremos de aquí y nos tomaremos las vacaciones que nos merecemos, ¿ok? -Más que una sugerencia es una orden. Ella también elige cabrearse. Su dolor soy yo.

Las calles del distrito están casi desiertas. Aún es horario laboral. Un vagabundo greñudo se protege del sol tras la esquina de un callejón estrecho e inundado de basura. Algunos chavales, sucios y harapientos, persiguen a un galgo pulgoso. Corretean felices de un lado a otro, saltando y esquivando farolas rotas y bancos de hormigón grafitados. El perro ladra y brinca tan excitado como los críos. Un viejo arrugado y calvo los mira desde la ventana de su apartamento en el cuarto piso. Un momento después fija sus ojos en el pavimento, calculando si la altura será suficiente. La furgoneta los deja atrás, envueltos en una nube de mierda. Una rueda se cuele en un socavón en el firme, y los muelles de mi asiento chirrían durante un rato. En el retrovisor, los críos juegan y el viejo de la ventana se hace cada vez más pequeño. Aún no se ha decidido a saltar. Una lástima. Giramos a la derecha y después a la izquierda. Nos dirigimos a Kowloon, AKA el barrio chino, AKA el *peor* barrio de Metroplex. Allí donde acaba la jurisdicción de la ley y el orden. Allí donde ni siquiera los tentáculos del Servicio Federal de Seguridad deberían alcanzar... Si no fuera porque mi cerebro está cableado.

- ¿Llegamos bien? -le pregunto a Lorena.

- Hemos quedado a las ocho, aún hay tiempo. Vamos a casa... Así podrás adecentarte un poco -dice, mientras me echa un vistazo de arriba a abajo. Vuelve la vista a la carretera y continúa conduciendo durante un rato, en silencio. Después de meditarlo, rebusca algo en el bolsillo de sus pantalones ajustados, manejando el volante con una sola mano.- Tómate una de estas... -Sobre la fina palma de su mano rueda una píldora roja. *Déjà vu*.

- ¿Es necesario, cielo? Estoy seguro de que mi enfermedad se debe en gran parte a las putas drogas. Me sientan mal...

- No, no son las drogas. No es una enfermedad. Ellos te jodieron. Te lavaron el cerebro. Quizá se excedieron con el XLSD... Quizá siempre has estado un poco chiflado, y tu mente no aguantó los interrogatorios... -Abandonamos la calle y nos metemos en un solar lleno de carros viejos de ruedas pinchadas y carrocería abollada. Damos botes en los asientos mientras la furgoneta avanza despacio. La tierra, seca y amarilla, forma profundos surcos y está cubierta de manchas de aceite y cristales rotos.- Los jodiste, ellos te jodieron a ti... El caso es que un día comenzaste una existencia vacía, en un piso vacío, llenando una cuenta corriente vacía, trabajando sin darte cuenta de quién eras realmente. Olvidándote de tu chica... -Me mira de reojo un instante.- También fueron a por mí, claro. Pero yo pude esquivarlos. Meses más tarde te localicé y te conté esta historia que te he contado ya unas cincuenta veces -suspira-. Pero tu maldita memoria está congelada en un instante del tiempo y no quiere salir de ahí...

- ¡No! ¡Claro que no! ¡Recuerdo cosas...! ¡Están jugando conmigo, sólo eso! ¡Mi mente no está tan jodida! ¡Créeme...! Alguien está jugando conmigo... -No la creo, no puedo estar tan chalado, no puedo estar tan jodidamente mal... Lorena pisa el freno a fondo y el vehículo da una última sacudida.

- Cariño, relájate, ¿de acuerdo? -echa un vistazo a mi mano, mis dedos aún sostienen la droga.- Ahora, tómatela. -Pega un brusco tirón a la palanca del freno de mano, y se queda mirándome desde su asiento. Espera paciente pero ansiosa, como una madre protectora. Me echo la píldora roja a la boca y trago. De pronto esos ojitos castaños empiezan a brillar, húmedos. Su rostro se transforma. Ahora es dulce de nuevo, como la recuerdo. Después, se echa sobre mí, con delicadeza. Aplasta sus tetas en mi pecho, la cabeza algo inclinada hacia atrás, para mirarme con dulzura. Sonríe. La punta de su nariz acaricia la mía. Deja caer la cabecita, y sus labios

gruesos rozan los míos. Creía que había olvidado esta sensación... Afortunadamente no. Con una mano me acaricia el pelo, la otra agarra mi cintura con fuerza. Me atrae hacia ella con todo su espíritu. Mis manos se aferran a su cadera, y a su culo. Sus labios envuelven mi labio superior, lo chupan, lo muerden. Y entonces su lengua frota mis dientes, acaricia mis encías, humedece mis labios. Se mueve de un lado a otro y rueda hacia dentro. Su lengua busca mi lengua. Y se encuentran, punta con punta. Y se abrazan. Y nos besamos durante un millón de años. Supongo que esta sensación no está relacionada en absoluto con mi memoria enferma. Esta sensación pertenece a una memoria ancestral, instintiva... Más allá de la razón.

Corremos escaleras arriba cogidos de la mano, impulsados por nuestro deseo. Ella me guía por esta ratonera infecta. Estrechos pasillos, suelos sucios y malolientes. Los grafitis cubren las paredes. Las ventanas están cegadas con tablones de chapa abollada. Un resplandor agonizante llega desde los sucios fluorescentes protegidos por tela metálica. Cuarto piso, cuarta puerta. No tiene cerradura y la abre de un puntapié. Cruzamos la cocina y el salón de cuatro zancadas. Me arrastra hacia el dormitorio, y en la oscuridad del cuarto caemos sobre la cama. Nuestras bocas se unen como ventosas húmedas. Deseo comérmela... Deseo que ella me devore. Nuestros brazos nos anudan como cuerdas... La ropa empieza a molestar, nos rompe la concentración. Sentada sobre mí, a horcajadas, me arranca la camisa y los botones salen disparados por la habitación. Yo le quito el jersey, estiro del algodón hasta darlo de sí, y lo lanzo lo más lejos que puedo. Nos damos una tregua momentánea. Ella me acaricia el pecho, mi corazón retumba en su interior. En la penumbra busco su tesoro, y lo encuentro. Acaricio la piel cálida, esas tetas grandes pero firmes, y las aplasto con las palmas de mis manos. Es suave, tan suave... Sus pezones están duros y respingones. Mis dedos juegan con ellos, los pellizcan con dulzura y una pizca de sadismo. Un gemido escapa de su boca entreabierta, se ríe. En la oscuridad distingo sus dientes perfectos y blancos. Sonríe. Mi mano derecha alcanza su mejilla, y la acaricia. Ella agarra mi pulgar y lo besa y lo enrosca con su lengua y lo chupa, con pasión. Sus dedos luchan nerviosos con los botones de mis vaqueros. Mis manos abrazan su espalda recta, y la acercan a mí. Mis abdominales me ayudan a llegar a ella. Mi boca y mi lengua acarician la piel tierna de sus senos. Mis labios succionan un pezón enorme y duro, mientras ella acaricia el pelo de mi nuca. Su otra mano termina con el último botón y alcanza mi paquete. Siento el calor, la presión, la humedad que empapa mi piel bajo los boxers de lycra. Ella tira de las perneras del vaquero hasta quitármelo. Continúa manoseando mi miembro, que está enorme y duro desde hace rato. Creo que he gemido. Respiro profundamente por mis labios entreabiertos. Cierro los ojos y vuelvo a reposar mi espalda sobre la cama. Con sus dos manos me arranca los gallumbos de un tirón. Sus manos ascienden por mis muslos desnudos y se cierran con fuerza sobre mi mango. Lo agarra con violencia, me mira y lo vuelve a mirar. Acerca la cabecita y su boca me devora. Mis músculos en tensión casi me hacen levitar sobre las sábanas revueltas. Mis manos acarician su pelo corto y suave mientras su cabeza se mueve arriba y abajo. Mis manos agarran su cabello con fuerza. Intento relajarme... Pero no puedo aguantar esa sensación un segundo más.- Ahora es mi turno, cielo -le digo. Sujeto esa carita dulce y aparto su boca ansiosa de mi piel caliente. La empujo, la tumbo sobre la cama y la observo durante un buen rato, en la penumbra. Mis manos aún en su carita suave, acaricio el bello suave que crece en su nuca. Sus ojos brillan en la penumbra. Noto su aliento y su pulso acelerados. Me acerco a ella lentamente, disfrutando cada segundo. Imaginando la distancia cada vez más corta que separa nuestros labios. Y me como su boca, y se la muerdo, y la acaricio con mis dedos mientras la sigo besando. Entonces mis labios bajan, y besan mientras bajan, y besan y bajan, cubriendo de mimos todo su cuerpo. Y cuando mi boca llega a su ombligo, mi lengua juega con él mientras mis manos acarician más abajo la cosita hinchada que hay bajo el tanga. Ella gime en la oscuridad. Cuando percibo la humedad que traspasa la prenda, enredo mis dedos en los cordones elásticos que cruzan la piel ardiente de sus caderas. Mis manos se deslizan por sus muslos, arrastrando el tanga hacia los tobillos. Se lo quito y lo tiro a un lado de la cama. Juego un instante con su pies, y vuelvo a subir, acariciando cada centímetro de su ser. Me encanta su piel tersa y sensible tras las rodillas, y después los muslos cálidos, y más arriba al rojo vivo. Hago que mis dedos tarden en llegar allí donde ella sabe que van a llegar. Mi boca se une a ellos al mismo tiempo. Mi lengua recorre su rajita, mi lengua acaricia su botoncito... Apenas rozándolo al principio, aplastándolo después,

masajeándolo en círculos, de arriba a abajo, de un lado a otro. Mis labios besan sus labios, con dulzura, y cuando está preparada, mi lengua la penetra profundamente. Continúo hasta que escucho el grito apagado que escapa de su boca entreabierta. Mis labios succionan con fuerza su golosina. Sin soltar la presa continuo chupando, saboreando, devorando. Entonces, su pelvis se endurece, sus glúteos se contraen, y me baña la cara un líquido espeso y cálido. Y se hace la calma durante un rato. Las sabanas absorben el sudor de nuestra piel. Pero ella quiere más, y yo también. Sus manos delicadas acarician mis mejillas y me llevan hacia su boca. Nuestros labios vuelven a unirse, y nuestros cuerpos también. Se unen como imanes. La cama se queja débilmente mientras nuestras caderas se mueven rítmicamente, sincronizadas. Subo y bajo, y después en círculos, acariciando su pelvis con la mía. Hasta que penetro en ella todo lo que puedo, y me quedo allí, casi inmóvil... Hasta que sólo somos uno.

Es de noche y hace un frío que pela. Salgo de la tienda de lona y el cielo es hermoso. Negro como la muerte pero cubierto de diamantes relucientes. No hay luna. El desierto está en calma. Hoy me toca informar. Hago como que voy a echar una meada, me alejo de las tiendas y me resguardo tras unas rocas. No es que sea realmente necesario. Hace tiempo que la guerrilla nómada que me acoge como a un hermano sabe quién soy en realidad. Pero no debes fiarte nunca. Es posible que los asesinos de la Unión te estén observando desde alguno de sus satélites. Debo obedecer el protocolo. La roca sobre la que me apoyo aún guarda algo del calor de la tarde. Enciendo el rastreador de sniffers. El aire está limpio, así que conecto el transmisor. Tecleo el mensaje, mi informe semanal. Nada importante o demasiado verídico. Y lo envío.

Hace tiempo que retengo la verdadera información sobre la guerrilla. Hace tiempo que mis informes fluyen en sentido inverso. Hace tiempo que soy un agente doble. Un spetsnaz del FSB, un perro adiestrado durante años para servir al gobierno global, un asesino rápido y eficaz... que un día comprende que se ha equivocado. Esta gente no merece ser aniquilada. Los caudillos del imperio, los empresarios y los banqueros que manejan la Unión, no pueden ganar con locos como estos. Esos bastardos sólo quieren jugar con los estúpidos que obedecen unas reglas amañadas. Con el resto sólo funciona el genocidio. Estos pueblos primitivos tienen los pies en la tierra. Estos hombres y mujeres no venden su libertad a cambio de las baratijas de una sociedad de consumo. Si les ofreces algo útil lo cogerán, no son estúpidos. Pero no hay nada en el mundo que someta sus almas puras. El gobierno me infiltró entre ellos, como si fuera un renegado. Ahora soy un desertor encubierto. Sigo siendo un asesino frío e inteligente, pero ellos, esos jodidos hijos de la CIA, del Mossad y de la vieja KGB ya no son mis hermanos. Ya no estoy al servicio de esa mentira multinacional. Antes podías conformarte con la excusa del patriotismo. Pero hoy las banderas se confunden con los logotipos empresariales. Las corporaciones financieras y militares de América nos absorbieron. Nuestra madre Rusia, la inconexa Europa... y dentro de poco China... Ya no son naciones, son filiales. África es tan sólo, y para no variar, un mercado de esclavos y materia prima, un basurero y el último gran refugio para los *terroristas*. Ese mundo que se han fabricado es una cloaca apestosa empapelada con mentiras. Pero he dejado de pertenecer a él. Sé que es un suicidio, pero me hago más viejo cada día... y la muerte me preocupa cada vez menos. Ahora que he sentido la libertad en su estado puro, lo que de verdad me asusta es volver a una sociedad reprimida por las normas, las mentiras, la injusticia legalizada, la falsa democracia...

Se respira bien aquí, pero el frío me empieza a calar los huesos. El transmisor me indica que el mensaje se ha recibido correctamente. Me vuelvo de camino a la tienda. Pero cuando mi pulgar está ya sobre el icono de apagado, el chisme vibra. He recibido un mensaje. Es extraño. Ellos no suelen responder. Me quedo ahí de pie, quieto y con la piel de gallina. Abro el mensaje y leo. En código, me ordenan que abandone cuanto antes el poblado y me dirija hacia el punto de reunión Norte. Sólo eso... ¡Hijos de puta! ¡Van a atacar! Corro hacia los toldos de lona, gritando. Debo salvar a esta gente. Los hombres salen de las tiendas con los AK's en las manos. Sus mujeres aguardan dentro, con los niños. Por dios... Entonces me acuerdo de ella por un instante... Estará a salvo... No dije nada... Los hombres se reúnen a mi alrededor. Les digo que tenemos que correr muy deprisa. Las vidas de sus chiquillos, las de sus mujeres, las de sus animales, la suyas propias dependen tan solo de lo rápido que sean capaces de correr. RPG's, AK's, Vintorez's...

incluso espadas, hondas y tirachinas... Esas armas primitivas que cuelgan de sus hombros sólo funcionan en la guerra de guerrillas, no en una batalla campal, no en un bombardeo masivo. No queda alternativa.

En esta noche oscura corremos como zorros heridos, hacia las montañas, sobre las estepas y los desiertos de piedras puntiagudas, hasta que estamos tan lejos que creemos que nuestras vidas aún nos pertenecen... Y entonces, cuando el Sol se asoma por el horizonte, escuchamos el silbido. Miro al cielo pero no veo nada. Al primero se unen otros. Nos dispersamos y buscamos desesperadamente algo que sirva como refugio. No se ven helicópteros ni aviones a los que disparar. Las mujeres y los niños gritan asustados. Y entonces estallan sobre nuestras cabezas. Fuego, calor y humo. Me pego a la piedra como un lagarto, escondido en el interior de una grieta entre las rocas. Me quema la espalda. Los ojos me lloran. La garganta se irrita, y empiezo a toser. Debe de ser fósforo blanco. Es el infierno sobre la tierra. Escucho los gritos... de hombres, de mujeres y de niños... Los gritos de mis amigos. Gente que me adoptó, tras descubrir que era uno de sus asesinos. Su carne quemada cae al suelo, y la tierra seca chupa la sangre de los inocentes. El polvo cubre sus ojos abiertos, secos, quemados. Y entre los quejidos de los moribundos, mi memoria es arrastrada por el viento del desierto. Tan lejos que no puedo recordar...

Despierto y mis ojos se enfrentan a lo desconocido. Un ser extraño y perfecto. Su piel oscura y sus curvas pronunciadas me recuerdan a la tierra fértil en la que nací, pero que no puedo recordar. Sin pretenderlo, consigo que el sabor de mi pesadilla se evapore en el olvido. Mis recuerdos siempre escapan con gran facilidad. A través del vidrio mugroso de la ventana enrejada penetra la luz verde y azul de algún neón callejero. Fuera se escuchan las risotadas de un grupo de borrachos, apagadas momentáneamente por el ruido de una motocicleta que viene y se va. Las sábanas están húmedas, como mi piel. Hemos hecho el amor. Lo sé. Y me alegro, porque parece una tía muy atractiva. Acaricio su pelo. Acaricio su espalda. Su piel es suave y tersa. Gime, respira hondo y estira un brazo fuerte y moreno hacia el techo verde y azul neón. Entonces se gira muy despacio, hacia mí. Su cuerpo desnudo reposa sobre el mío. Me gusta. Me besa. Me sonrío. Me mira... Con unos ojos castaños y grandes que quizá conozco.

- ¿Cómo ha dormido el nene? -susurra, somnolienta. Mi mente trabaja. Trabaja lo más duro que puede... Pero después de unos segundos aún sigo en blanco. Debo responder lo que sea... Pero ya es demasiado tarde. Su rostro se endurece como el acero templado.- Joder, César... Soy yo, Lorena, ¿recuerdas? -Apoya sus manos sobre mi pecho, casi golpeándome. Se levanta bruscamente, salta de la cama y menea su culito perfecto fuera de la habitación. Ahora la recuerdo.

- ¡Cielo...! ¡Lorena...! ¡Estoy medio dormido aún, cielo! ¡Yo sólo...! -Que te follen. Me quedo tumbado en la cama, mirando cómo el techo cambia de color. Azul fosforescente, verde radiactivo. Se está bien aquí. Me pregunto cuántas veces he dormido en esta cama... Sobre el ruido amortiguado de la calle, escucho correr el agua la cisterna. Poco después es el crujido del parqué combado por la humedad y medio podrido; pies descalzos e impetuosos caminando de una lado a otro.

- ¡Levántate y ponte algo limpio! ¡Llegamos tarde! Como siempre... -Su voz llega apagada desde la cocina.

En el barrio chino no hay alumbrado público. Allá arriba, el pedacito de cielo entre las altas torres de hormigón, es oscuro y gris. Parece que ha llovido. El asfalto está cubierto de espejos negros que brillan al son de los neones. En los bajos de los edificios de viviendas se abren improvisados locales de copas. Porterías y viviendas particulares que se ofrecen a un público animado. Por el día no los distinguirías, las calles están apagadas, mustias. Pero ahora, en la oscuridad de la noche, los tubos fluorescentes relumbran como faros en la costa. Una exuberante venus contonea sus descomunales tetas de cristal. Cerca, un dragón rojo parpadea amenazante. Huele a hierba quemada y a fritanga. Pese a la decadencia del lugar, se respira un aire festivo, alegre. La calle está abarrotada. Unos caminan sin prisa, otros beben y ríen de pie junto a las ventanas que hacen la vez de mostrador, algunos se sientan en las aceras húmedas. Caminamos

despacio, esquivando a los borrachos.

- Está cerca de aquí, no tardaremos. -Se ha puesto una minifalda blanca que le marca el tanga, y una camiseta desgarrada que le deja el ombligo al aire... Así que mi mano no puede despegarse de su cadera. En el armario de aquel dormitorio oscuro encontré ropa de mi talla. *Mi* ropa, quizá. No estoy seguro de cuál es mi estilo, si alguna vez tuve. Al menos estoy cómodo, ropa limpia y seca.

- ¿Cómo se llama? -Siempre olvido los nombres... Y desde hace algún tiempo, mucho más.

- Joder, C. ¿No te acuerdas de él...? Tú sígueme la corriente y punto. -De nuevo esa mirada fría. Pero esta noche se lo voy a perdonar... Aún tengo el sabor de su piel en mis labios.

- Me acuerdo de él. Sé perfectamente quien es, lo que hace, el aspecto que tiene... Pero su nombre...

- Mijaíl K. -responde por fin.

- Sí... Joder, Misha... El señor K. -Ahora le recuerdo.

Una ruidosa moto de cross atraviesa los charcos a toda velocidad, dejando tras de sí un asqueroso olor a gasoil. Sobre una camioneta con ruedas de tractor, aparcada en doble fila, unos baffles monstruosos lanzan a la calle un zumbido sintético y ensordecedor. Dos rubias altas y delgadas danzan sobre el capó. Al otro lado de la acera, frente a la Ford, un gordo peludo se asoma por una ventana. Cuando localiza a su cliente, lo llama con un berrido mientras agita un bocadillo envuelto en papel de periódico. La portezuela de la camioneta se abre y baja un negro alto y musculoso, que en dos zancadas cubre la acera y recoge el kebab y una jarra de cerveza de dos litros. Junto a la ventana hay un cartón con la lista de precios escritos a mano en líneas torcidas. Lorena me presta las monedas. Aquí no vale el biochip.

- ¿Seguro que no quieres un mordisco? -Es como si mi otra personalidad me tuviese a dieta. A dieta de bebida, a dieta de comida, a dieta de sexo... y a dieta de libertad.

Nos alejamos del barullo, hundiéndonos cada vez más en un laberinto de callejuelas desbordadas de basura. Doblamos una esquina y entramos en un callejón estrecho. Tan estrecho que los focos de los helicópteros que sobrevuelan el barrio no pueden alcanzarnos. Tan estrecho que la potente luz azul de los reflectores de la policía no se cuela por los ventanucos de los edificios marchitos que nos rodean. Sobre nuestras cabezas, una maraña de tendederos exhiben sin pudor la última moda en trajes de faena remendados. Ella va primero. Entre contenedores quemados, cajas de cartón mojadas y motocicletas viejas encadenadas a las ventanas enrejadas de los bajos. Sobre los hombros desnudos de mi chica veo nuestro destino. Al final del oscuro callejón, una marquesina iluminada con leds rojos que reza: *BAR DEL RATA*. El letrero comienza a parpadear. Se apaga. Una rata roja y cuadrículada comienza a recorrer el cartel de un lado a otro. Parpadea y vuelven las letras. Cuando llegamos, Lorena empuja la puerta y los tríceps se marcan en su piel morena. Es pesada como si fuese de acero macizo. En el interior se respira la calma del mismo modo que en un velatorio. Es una calma tensa. Junto a la puerta susurra un jukebox de hace un siglo. Creo que he escuchado antes esa canción... *When you're in prison, don't turn the other way...* Al final de la barra, un greñudo con pinta de vagabundo charla animadamente con el barman, un viejo feo y calvo que seca una jarra pulida por el uso. Creo distinguir el zumbido eléctrico de su brazo protético bajo la lenta balada... Sí, The Offspring. ¿Cuándo he escuchado yo música prohibida? En una de las cuatro mesas redondas, un tipo rapado y musculoso busca su futuro en el fondo de un vaso de vodka. Bajo la mesita, entre las botas militares, un maletín de aluminio de aspecto interesante. El lugar es bastante angosto. Una puta ratonera al final de un laberinto de hormigón. La puerta se cierra a mis espaldas, y los tres tipos nos miran atentos. Lorena desfila hacia el extremo de la barra, hace un gesto al barman y se sienta en un taburete alto, junto al barbudo harapiento. El Rata se echa el trapo al hombro y camina pausadamente al centro de la barra, hacia el grifo de cerveza. Yo me siento frente a él. Apoyo los codos sobre la superficie pringosa del mostrador y le digo:

- Ponme una fresquita a mi también, jefe. -Algo zumba suavemente bajo ese trozo de plástico rosa apoyado sobre la llave del grifo. Es como el brazo de un maniquí viejo. Pero en éste, los dedos se mueven a merced de los impulsos nerviosos del Rata.

- Claro, artista... ¿Cómo te trata la vida? -Nadie puede negar que es un tipo especial. Me

mira con esos ojos azules como el hielo, dos bolas de cristal tras un montón de carne picada.

- Me quejaría... si sirviese de algo -le digo, y se ríe. Me recorre un escalofrío. Siempre me recorre un escalofrío cuando veo esos diminutos dientes suyos, todos iguales y amarillos.- ¿Y tú? ¿Cómo lo llevas, jefe?

- Pues como siempre, artista. Cuidando del negocio, ya sabes. -Me lanza la jarra con la mano buena. El bloque de cristal congelado patina por la barra hasta mi mano. Pego un trago largo mientras giro disimuladamente en el taburete, para examinar mejor al musculitos. La piel de su cara y de su cráneo pelón es un mosaico de cicatrices. De peque debió de tener la costumbre de asearse con cristales rotos. La nariz partida, las orejas de coliflor, los pómulos prominentes, la mandíbula cuadrada. Se parece bastante al campeón del UFC998. El tipo ha puesto el maletín sobre la mesa. Está abierto frente a él y lo observa atento, como un *broker* las últimas cotizaciones del parqué. Parece algún tipo de ordenador.

- Oye jefe, ¿quién es el figurín este de la mesa? -le pregunto al barman, sin apartar la vista del grandullón de las cicatrices.

- Johnny, el Escorpión. Un tipo duro... de los de verdad. Un auténtico animal, ja, ja. Pero tranquilo, es de fiar. -El tipo aparta la vista del maletín y me clava sus ojos fríos como el hielo. Mi asiento casi gira solo, de vuelta hacia la barra.- Si te pasaras más a menudo por aquí lo conocerías mejor. Le encanta mi vodka casero -dice el Rata mientras llena otra jarra.

- Ya, ya... Sí, la verdad es que no sé cuándo fue la última vez que pasé por aquí, je, je... ¿Cuándo fue...?

- Cada día estás peor, señor C. Háztelo mirar cuanto antes, ja, ja, ja... -me dice, y se larga con la cerveza colgando de su prótesis cibernética. Un bobo me mira fijamente desde el otro lado del espejo grasiento y oscuro que hay tras la barra. Joder. Estoy acabado... Hasta el Rata lo sabe. ¿Por qué no me ayuda alguien a terminar con esto? Joder. Tras mi jeta de turista extraviado reflejada en el espejo, un gigante rapado observa con el ceño fruncido un maletín metálico. Su expresión triste como la de un gorila en el zoo.

- Gracias, Rat... -escucho la voz dulce de Lorena, y observo su reflejo en el cristal. Y entonces, un estrépito de chapa y vidrios rotos apagan durante un instante la voz del tocadiscos.

- ¡Hijoputaaa! ¡Estás cableado! ¡Ven aquí, pedazo de mierda! -El reflejo del gorila se hace cada vez más grande en el espejo. Mi culo gira en el taburete y salto como un gato. Automáticamente, mi cuerpo se pone en guardia. Mis puños apretados me cubren la cara, mi pierna izquierda se adelanta, el mentón baja y el corazón bombea con fuerza, mientras mis ojos procesan la escena y mi intuición advierte el futuro. El tipo se acerca mostrándome el contenido del maletín... Me basta tan sólo un instante. Es una pantalla, un gráfico de barras y unos códigos.- ¡Estás cableado... y has venido al Rata!

- Da un puto paso más y te saco los ojos, cabrón -y lo digo en serio.

- ¡Vale ya, Johnny! -grita mi chica desde el fondo del bar- Le cablearon, sí. Y le torturaron como no os imagináis, y todo por vosotros... -El gigante no aparta sus colmillos de mi cara. Pero tampoco me ataca: Espera las órdenes de Mijaíl. Es un perrito obediente.

- Tranquilo, J -dice el barbudo. Mis ojos están fijos en los del matón, que aún no se ha movido.- Discutiremos esta situación con calma, déjalo. -Ahora recuerdo la voz suave de Misha, el señor K. El portavoz de la resistencia. Johnny, el asesino que está a sus órdenes, me deja vivir por ahora. Refunfuñando, se vuelve hacia la mesa, caída sobre el hormigón empanado en serrín. La levanta con una mano y echa el maletín abierto sobre ella.

- Ponme otro, Rata... -dice, y se sienta de nuevo. Tan tranquilo como si nada hubiese ocurrido. Puto psicópata. Me termino la cerveza de un trago. La vejiga me va a estallar, tengo que mear. Dejo la jarra sobre el mostrador y camino hacia el lavabo, al final de la barra. Mi chica y el barbudo están allí sentados, en silencio, pensando qué decir a continuación.

- Salam melecum, C -me dice Mijaíl cuando estoy cerca. Nuestras manos se abrazan un instante.

- ¡Hey, Misha! Ahora hablamos... -Los goznes de la puerta chirrían. El muelle herrumbroso la vuelve a cerrar. El fluorescente del baño está jodido y no para de parpadear. Bajo la luz estroboscópica me convierto en el angelito de mármol de una fuente pública que he visto en alguna vieja ciudad, en otro momento y en otro lugar... que no puedo recordar. Me la sacudo. Los

goznes chirrían. Cojo la silla que hay sobre la mesa más cercana y me siento entre los taburetes de Mijaíl y Lorena.

- ...un inhibidor -está diciendo ella-. Esa mierda que le han metido no puede transmitir mientras tenga el inhibidor cerca. Así que tranquilos, ¿vale? Todo está bajo control.

- A mí no me lo parece, Lorena. La FSB está pegada a su culo. Y en un descuido los podríamos tener en el nuestro. -Se gira hacia mí, y dice:- Sabes que te apreciamos, C. Las guerrillas del desierto confían en ti, y ellos no suelen equivocarse. Pero no podemos arriesgarnos. Vivimos malos momentos. Últimamente la Unión ha desarticulado nueve comandos, cuatro en América, otros dos en Europa y tres aquí. Y con la disolución de las repúblicas chinas, pronto no nos quedará un puto sitio en el que escondernos. El planeta entero está bajo el control de Washington, y las agencias de inteligencia nos persiguen como lobos hambrientos...

- Por eso mismo tenemos que aumentar la producción de Amos -insiste Lorena-. Necesitamos más agentes, más civiles que se unan a nuestra causa. Cuantos más ciudadanos logremos desprogramar mediante el uso de la droga roja y del sistema de propaganda, de mayores fuerzas dispondremos para luchar contra esos cabrones.

- Pero el sistema de células autónomas ha funcionado desde el comienzo. Su acción es más limitada pero segura y eficaz. No nos arriesgamos a perder todos nuestros efectivos de un solo golpe. Lo que propones es demasiado arriesgado.

- El lugar es seguro... Es una vieja fábrica de jabón cerca del cinturón industrial. Nadie notará nuestra presencia. La producción aumentaría en un trescientos por cien. Y si el PKK nos suministra mayores cantidades de sustancia D podríamos procesarla toda, sin almacenes... Con mi software puedo acceder a cualquier pantalla de televisión de la Unión. Dame una IP y el mensaje que quieres enviar y yo...

- Y tú... Verás, Lorena. Nuestra organización no se basa en agentes individuales que actúan por su cuenta sin consultarlo con los demás. Las decisiones se toman en asamblea. No podemos dejar que tú... y C controléis el sistema de propaganda por vuestra cuenta. Debéis compartir ese software con nuestras células.

- Pero no puede entrar cualquiera... El sistema es demasiado complicado. Solo lo entendemos César y yo. Al fin y al cabo fui yo quien descubrió y explotó el agujero, ¿recuerdas? Antes de que me uniera al plan solo tenáis la droga. Ahora disponéis del mismo arma que la Unión...

- Pero podrías tener un accidente... Y perderíamos el sistema para siempre -dice M.

- Es un riesgo que tenemos que asumir... -responde Lorena.

- Ya... -El barbudo se frota la barba, pensativo. Después de un minuto en silencio, se gira hacia mí para preguntarme:- ¿Cuándo comenzaría a producir el nuevo laboratorio?

- Yo... eh... -Misha debe ser el último despistado. No parece haberse dado cuenta de que yo ya no pinto nada en esta historia.

- Una semana -responde Lorena. Yo sólo soy un embajador para ella. No doy para más... Seguramente Misha también lo sabe, pero es un tipo educado...

- OK... Una semana. Llevaremos cinco células a la fabrica -dice Mijaíl-. De momento mantendremos las otras cinco trabajando en laboratorios autónomos, como hasta ahora. Ya veremos si más adelante...

- En la fábrica hay equipo para que trabajen al menos quince células, es un desperdicio... -protesta Lorena.

- Primero cinco, después ya veremos. Debemos discutirlo en la asamblea -Cuando el barbudo menciona la asamblea, ya no hay más que hablar. Lorena lo sabe, pone cara de primate y pega un trago largo de su jarra. Del bolso saca un sobre hinchado que suena a hierros sueltos y lo deja sobre la barra.

- Luz Empresa Jabonera SL, calle del Papel, 1537, Polígono Wilmington. Llaves y códigos de acceso. De nada...

En el barrio chino, la oscuridad ha vencido finalmente. Como cada noche. En las calles sólo quedan los cuerpos inconscientes de los que no supieron retirarse a tiempo. El eco de nuestros pasos es lo único que se escucha; hasta que nos asalta el ruido ensordecedor del aire

cercenado por las aspas de un helicóptero patrulla. Su potente foco araña la calle y los bloques de hormigón, sacándoles brillo incluso a los ventanucos más mugrientos. Y me imagino a esos chulos cabrones, ahí arriba, cubiertos con su armadura cerámica y Kevlar, con el cañón en sus manos enguantadas... Fumigando gas sarín sobre nuestras cabezas, sobre el agujero negro que es el barrio chino, el píxel fundido de una gran pantalla feliz. Pero no, no lo harán. Necesitan el barrio chino tanto como cualquier otro barrio burgués. Los quieren a todos, los utilizan a todos, incluso a estos pobres perdedores. La base debe ser extensa para soportar a una élite tan derrochadora. Y cuanto más pobreza, más fácilmente se implanta la esclavitud. La patrulla se va. El ruido se desvanece. Vuelve la oscuridad y la quietud. No veo una mierda. El resplandor de los neones se extinguió hace un cuarto de hora. Los garitos improvisados echaron los cierres, y los edificios volvieron a convertirse en bloques grises y sucios como lápidas olvidadas. Todo tiene un toque surrealista bajo el brillo apagado que refleja el cielo. La sensación es la misma que caminar por un dormitorio después del toque de queda; uno enorme y sucio, uno húmedo y frío. Volvemos al apartamento de Lorena, esquivando a los caídos de una batalla perdida. Ahora es el turno de las ratas. Ellas también tienen derecho a un poco de diversión... Baños de espuma relajantes en los charcos de cerveza. Una buena cena con los restos de carne envuelta en papel de aluminio. Algunas drogas, hierba chamuscada y sedantes de color azul esparcidos por la acera y bajo los coches mal aparcados. El aroma de un buen vino y un poco de sexo junto al calor de un borracho... Este escenario es realmente divertido, pero apenas puedo disfrutar de los detalles. Lorena me lleva a rastras. Las zancadas de mi chica son más largas de lo normal. Tiene prisa, o está cabreada. Sus zapatos golpean con fuerza el asfalto, mientras cruzamos la calle hacia el portal. No me ha dicho una palabra desde que salimos del Rata.

- ¿Estás bien, cielo? -pregunto, aunque ya sé la respuesta.

- Ese estúpido de Mijaíl... Le he dado todo lo que necesita... La fábrica, las máquinas... y me dice que solo mandará a la mitad de las unidades -dice casi para sí misma. Ni siquiera me mira. Está decepcionada, quizá conmigo por no representar bien mi papel de hombre-estable-que-sabe-lo-que-hace. La persigo escaleras arriba.

- Es lógico. No pueden arriesgarlo todo centralizando sus efectivos -digo, jadeante-. Si todo va bien, llevarán al resto. Eso dijo... -Me falta el aliento, uf, he dejado de estar en forma.

- Pero debería haber confiado en mí... en nosotros. -De una patada abre la puerta de casa. De camino al salón, se quita los zapatos y los arroja al parqué, rabiosa- No hay tiempo que perder. Tú les salvaste el culo en el desierto, en varias ocasiones... ¿Y así es como nos lo pagan? ¿Insultándonos? ¡Cabrones! -Permanece unos segundos de pie, meditando.- Cabrones... -dice entre dientes esta vez, y se sienta en el sofá.

La minifalda se le ha subido demasiado y la camiseta cae de sus hombros de esa forma tan sexy. ¡Qué buena está, joder! Bueno, imagino que como mi mente está hecha mierda y no valgo para llevar este puto asunto... Quizá le pueda ser útil de otra forma... Necesita relajarse.

- Necesitas relajarte, corazón -le susurro al oído. Acaricio su pelo con ternura y la beso... Pero sus labios son de cuero.

- ¡No estoy de humor! Además, tienes que irte. Mañana tienes aparecer por la cadena de montaje. Debes interpretar tu papel -dice, mientras rebusca algo en su bolso.

- ¿Interpretar? No estoy seguro de si es esa la palabra correcta -le replico. No quiero volver a ser ese puto perdedor de la fábrica de sudor. Si pudiese hablar con él le contaría un par de cosas... Incluso le hostiaría...

- Toma estas... -dice. Cuatro pastillas azules ruedan por la palma de su mano. *Déjà vu*.

- No sé... ¿Crees que es necesario? -Joder, no, no quiero.

- Síííí. Debes tomarlas. Pronto acabará todo esto... Pero no la cagues ahora, ¿de acuerdo?

- Vale... -murmuro entre dientes. ¡Hostia puta...! ¿Acaso soy un jodido mocososo? Pero al final, me las trago. Rápido, para no arrepentirme. Ella sabe lo que hace... Espero.

Despierto y mis ojos se enfrentan a lo desconocido. Un ser viejo y extraño. Su piel es peluda... Una araña negra, posada boca abajo en el techo de yeso desconchado. Está ahí, impasible, oscura como un grupo de células muertas en mi retina. Inmóvil entre una mancha de humedad y dos chicles petrificados. La radiación de un foco intermitente golpea el cuarto en

tinieblas. Debe ser la maldita tele. Los muelles del sofá desgastado y húmedo rechinan quejumbrosos. Hace calor. Estoy empapado de sudor. El icono de un altavoz tachado parpadea en la esquina superior derecha de una pantalla Sony. Estoy algo desorientado, pero no tengo miedo. Más bien... estoy cabreado. La palma de una mano blanca y enorme se despliega frente a mis ojos. Una píldora azul del tamaño de un melón rueda hacia mí. *Déjà vu*. Tengo el mando de la tele en la mano. ¿Realmente quiero escuchar esa mierda otra vez? Sé que en el bolsillo de mis vaqueros hay una pastilla azul. Lo intuyo. Pero no voy a buscar... No. He decidido que no voy a tomarla... Aunque quizá es lo que debería hacer. Estoy cansado. Mañana será un día largo en la fábrica. Voy a estar jodido si no tomo Soma. No voy a poder aguantarlo. Rebusco en el bolsillo... Sí, mis dedos encuentran una pequeña cápsula, suave y esférica. El puño se abre frente a mis ojos, y una cosita azul rueda alocada hasta que se sitúa entre mis dedos.

- Te odio... -le susurro con los dientes apretados. Y me la trago.

Despierto y mis ojos se enfrentan a lo desconocido. Un instrumento viejo y extraño. Mis ojos bizquean, intentando enfocar ese hierro negro y frío que me achata la nariz. Parece un cañón... Es un cañón. Demasiado funcional, demasiado rudo para pertenecer a este siglo. Pero quizá aún dispare. Mis torpes brazos están enredados entre las sábanas. El hierro está sujeto por un jamón de piel morena, marcada por músculos hinchados y gruesas venas. Y más arriba, un rostro siniestro lleno de cicatrices. En medio de esa masacre de carne morena, hay unos ojos fríos que me miran fijamente. Joder... ¿Quién coño es este tipo?

- ¿Quién eres, tío? -El pibe está congelado como un puto maniquí.- No tengo nada de valor...

- Cierra la puta boca -me ordena con una voz grave y áspera-. Levanta tu culo de la cama y vístete... Rápido, el tiempo se muere.

- Vale, vale, tío. Tranqui, ¿ok? -Sí, es un cañón antiguo, pero seguro que dispara. Una semiauto, Colt Browning calibre .45. No sé por que lo sé, pero esas palabras bailan en mi mente.

- ¡Vamos, puto chiflado! No tenemos todo el día -me grita al oído. Es un tío enorme. La nariz partida y la mirada desafiante. Como los pesos pesados del Ultimate Fighting.- Toma una de estas... a ver si te espabila. -Los dedos gruesos de su mano izquierda sostienen una píldora roja frente a mi cara.

- Joder... Mira tío... Las drogas no son buenas, ¿sabes?, yo... -Su frente se arruga aún más mientras sus ojos parecen estar buscando el punto exacto donde me pegará el tiro. Escucho el clic del martillo en su posición más peligrosa. Sí, es un cañón antiguo, pero seguro que aún dispara. Así que cojo la pastilla y me la trago. Siento ese picor, esa sensación de que la estás cagando, de que no debes seguir por ese camino. Como si mis malditos sesos supiesen algo que no logran recordar, pero no paran de gritar: No lo hagas... Pero ya es demasiado tarde, la noto bajar por mi esófago. Las drogas me están jodiendo. Es eso. Soy un puto yonqui en su última fase. A ver si me muero de una puta vez.

- Dame tu mano derecha -me dice entonces. No es lo más apropiado si quiero seguir viviendo, pero me estoy poniendo de mal humor, en serio. No soporto que jueguen conmigo.- ¡Vamos, joder! Te han lavado el cerebro, pero no eres idiota, ¿verdad? ¡Dame la puta mano!

- ¿Qué coño quieres de mí?

- Voy a cambiarte el biochip. No estás tan cableado como creíamos. Solo tienes un jodido localizador GPS en tu biochip de crédito. Dame la mano.

- ¿Vas a arrancarme el biochip?

- No te dolerá... mucho -responde, con una sonrisa torcida en sus labios. Sin apartar el cañón de mi jeta, saca una navaja del bolsillo de la chaqueta y la abre con el pulgar. Es una hoja curva hacia el filo, la versión moderna de un kerambit malayo. Su afilada punta penetra en mi carne, y se desliza dibujando una estrecha línea roja sobre mi piel.

- Joder...

- He leído el informe de tu interrogatorio. Créeme, esto no es dolor para ti -me dice. El tipo comienza a hurgar en la herida con la punta del cuchillo hasta alcanzar la cápsula. La extrae y la recoge con sus dedos gruesos como salchichas alemanas. Ahí está, una bolita metálica con todos mis datos personales y fiscales. La frota en la pernera de sus vaqueros para limpiar la sangre, y

se la guarda en el bolsillo de la chaqueta. Del mismo sitio saca un pequeño envoltorio plástico, que desgarrar con sus dientes de oro. El nuevo biochip brilla en su mano un segundo, y después lo hunde bajo mi piel.- Ya está. Toma, cierra la herida con esto -dice, y me lanza a la cara un bote de muestra de pegamento quirúrgico. Limpia la hoja de la navaja en las sábanas blancas y se la guarda. No sé si es la sangre o la droga... pero creo que voy a vomitar.

- Necesito ir al baño...

- Vale, pero rapidito. Tenemos cosas importantes que hacer -dice, casi para sí mismo. Con la punta de la pistola se levanta la manga izquierda de la chaqueta y echa un vistazo a un anticuado reloj de pulsera.- A ver si te *despiertas* de una puta vez...

Salimos del edificio por las escaleras de incendio. Yo salto primero. Sus enormes botas militares golpean el cemento encharcado del callejón poco después. En la esquina nos espera un tipo flaco, fumando un pito. Nos acercamos y el gigante le da una apretón de manos que apenas dura un segundo. El flaco se da la vuelta sin decir palabra y sale corriendo hacia la parada del 288. Después de todo, al menos me voy a librar del curro. Aún con la pipa en la mano, el forzado me pregunta:

- ¿Cómo te llamas, pedazo de mierda?

- Que te den por el culo -respondo con calma.

- Eso suena a César... Bien, bien. Me voy a guardar el hierro, ¿ok? Pero si aún eres *Cornelito el Piradito*, si haces alguna gilipollez, si me das una puta excusa... Recuerda que no me ando con jueguecitos. No me gustan los chiflados, ¿entiendes? Te romperé el cuello a la primera putada -dice amenazante, pero ya no percibo en sus ojos ese brillo violento. Este tío me suena, me empieza a sonar. Sí, le conozco. Se cree Conan el Bárbaro. Nunca le he caído bien, pero creo que me subestima. Creo que aún no ha visto todo lo que sé hacer con mis manos...

- Vale, vale. Tranquilo, asesino -le digo. ¿Qué coño tenemos que hacer?

- Vamos al puerto -responde. Da media vuelta y echa a andar por el húmedo callejón.

- Al puerto...

Me agarro con todas mis fuerzas al asiento de la moto, pero no sé cuanto más podré aguantar la inercia. Johnny conduce como un puto suicida en el denso tráfico de la autopista. Y hace malabarismos en la avenida del puerto, donde el caos es aún mayor. No tardamos en llegar a la playa de hormigón. Me alegro cuando dejamos la moto en un parking desierto y caminamos hacia la entrada del puerto deportivo. El lugar parece abandonado. Las puertas están cerradas, así que nos colamos a través de un agujero en la reja. Pasamos unos talleres y llegamos al agua. Johnny se queda rezagado pero me ordena que continúe. Avanzo por el muelle, disfrutando de la brisa fresca. El sonido del mar, el aire salado, las gaviotas que planean bajo las nubes. Todo esto me es familiar, agradable como el hogar en el que me crié, y que al igual que este sitio, soy incapaz de recordar. A izquierda y derecha del muelle se extienden perpendicularmente dársenas de hormigón. Junto a ellas flotan pequeñas y destartaladas embarcaciones. El vaivén de las olas manchadas de aceite las hace subir y bajar, las azota de un lado a otro como si quisiera despertarlas de un sueño. Los amarres chirrían, oxidados. A lo lejos se escucha la sirena de un carguero. El puerto mercante está tan sólo a un par de kilómetros de éste cementerio de botes abandonado.

- ¿Cuál es la dársena? -le pregunto a Johnny. No me gusta ir el primero cuando no sé a dónde voy.

- Dímelo tú, C -responde Johnny, detrás de mí-. Vamos, sé que eres un tipo duro en el fondo. Estruja ese cerebro de las Fuerzas Especiales y consigue lo que quieres.

- Joder... -De modo que es verdad que conozco este lugar... Echo un vistazo al conjunto. Montones de chatarra flotando a duras penas en el agua oscura. Pasillos de hormigón blanquecino por la sal y las cagadas de pájaro. El cielo gris, las gaviotas... Al fondo está el dique. Un montón de cubos de hormigón, esparcidos uno encima del otro sin orden ninguno, como los dados gigantes de algún juego de azar divino. Sí, cerca de los dados. Avanzo por el muelle, giro a la derecha. Hasta el fondo, junto a la baliza roja. Éste es... Creo... Es un viejo arrastrero blanco, un blanco que el tiempo y la mierda del agua han teñido de gris. El casco está abollado. No es muy

grande... El nombre y la matrícula son ilegibles. La pintura está agrietada y desconchada. Hacia proa hay en el casco una abolladura y un corte profundo, a través del que parece haber sangrado la chapa. La herida está cubierta de una espesa costra de óxido rojizo. En este desguace debe de haber al menos diez cascarones parecidos. Pero me agarro al cable de amarre y subo a bordo de un salto. Sobre la cubierta no hay más que una lata de aceite y un montón de estopa que apesta a pescado podrido y a meados de gato.

- ¿Es éste? -pregunta el gigante desde el muelle. No parece muy convencido. Yo tampoco lo estoy.

- ¿Cómo voy a saberlo? Estoy chiflado, ¿recuerdas? -sonríe, aunque me duele. Porque lo peor de todo es que no pretendo ser sarcástico.

- ¡Ey! ¡Olvida lo de antes, colega! -dice Johnny, mientras sube con agilidad su pesado cuerpo de gorila- Es que me asusta el tema. Ya sabes... drogas psicodélicas, lavado de cerebro, amnesia por electrochoque, lobotomía parcial... y putadas similares. No me gusta pensar en eso, ¿sabes? Se me hinchan los cojones... ¡Qué hijos de puta! Pero no me hagas caso, C. Tú eres un superviviente. Y te admiro por ello -me dice. Bueno, vaya.

- Vale... Gracias... Eh... ¿Qué buscamos? -A mi alrededor solo hay una capa de mierda acumulada durante años.

- Vamos dentro. ¿Sabes? Quizá no exista... O quizá no esté aquí... Pero buscamos un *datacube*, o una consola, o algo que pueda almacenar el fuente de una aplicación software.

- ¿Qué tipo de aplicación, Johnny?

- Una que nos salvaría el culo. Un troyano que es capaz de instalar una puerta trasera en una red Alfa sin ser detectado... y el correspondiente cliente de acceso a los servicios del virus...

- ¿Una puerta trasera en una red del gobierno? ¿Eso existe? -No soy un experto, de eso controla más mi chica. Pero suena a ciencia ficción.- Lo más parecido debe ser lo que utiliza Lorena, ¿no? -Tanto el gobierno como las corporaciones empresariales a las que sirve son intocables, al menos electrónicamente. El ataque más sencillo a los nodos de una red Alfa consiste en colarse en una base militar y poner una bomba en la sala de servidores. Muchos han muerto intentándolo. No sé como Lore ha conseguido el software de las pantallas...

- Creemos que fue escrito, compilado y... que funciona de puta madre. Y lo más probable es que esté aquí.

- ¿Por qué aquí? ¿Este barco... es mío?

- Este barco es tuyo... y de Lorena también. Es... bueno, era vuestro nidito de amor. Donde os escapábais cuando las cosas se ponían mal. Ese virus lo escribió ella. Debemos encontrarlo.

- Tengo el presentimiento de que se va a cabrear si cogemos prestado su soft, ¿no es así?

- No. Lorena no se enfadaría... Confía en mí. -dice Johnny. Y sus ojos fríos no mienten.

Johnny busca en la cocina, dentro del horno, en los casquillos de las bombillas y entre los circuitos de la tele. Yo bajo al camarote. El aire está viciado. Huele a polvo húmedo, a moho, a metal corroído por el agua marina. El interruptor no funciona, el fluorescente no se enciende. Quizá no hay energía. Por un ojo de buey llega la luz pálida del exterior. Todo está revuelto. La cama está deshecha, las sábanas arrugadas. Las arranco y las tiro hacia la puerta. Miro debajo. Una lata de cerveza estrujada. Nada. A cuatro patas sobre el suelo engomado, todo parece zarandearse más de lo normal. Me levanto y compruebo el armario, pero está vacío. Cuatro perchas solitarias cuelgan desnudas como raspas de pescado. Nada. Busco encima. Polvo. Busco detrás. Telarañas. Nada. Un par de mesillas escoltan la cama *king size*. En los cajones no encuentro más que un pliego de papel de periódico. Nada. Desde la cocina llega un estruendo de cristales rotos, después uno de cacharros de lata, un portazo y finalmente un "¡Joder!". Entre la puerta y la cama hay una alfombra llena de bolitas de pelo. La levanto y la tiro sobre las sábanas. Nada. Nada que me recuerde que he estado aquí antes... Escucho las pesadas botas de Johnny bajar la escalera de metal.

- ¿Cómo va eso, C? -Asoma por la puerta su busto imponente, con cuidado de no pisar el montón de ropa de cama que he dejado en el umbral. Sus ojos revisan el desorden, buscando.

- Nada.

- Joder... Bueno, sigue buscando a ver. Yo me encargo del baño de arriba, ¿ok? -Apunta

con el pulgar hacia las escaleras.

- Vale... Oye, pásame tu navaja, J. -No me iré de aquí con las manos vacías. Si no es el soft, al menos debo encontrar algo que arregle mi jodida memoria. Sé que hay algo, en algún lugar, esperándome. El grandullón saca el kerambit plegable y me lo lanza como una pelota.- Gracias.

- Suerte... -se vuelve y escucho de nuevo los peldaños bajo la enorme masa de músculos.

La hoja penetra sin inconvenientes, corta como un bisturí. Desgarro el colchón de lado a lado. Sus tripas de espuma inundan la habitación. Los muelles herrumbrosos quedan al descubierto. Nada. Hostia puta. ¡Bang! De un puntapié lanzo la mesilla de noche contra la pared de acero. Una bonita mesilla de noche que se convierte en un puñado de tablas rotas. Pero algo sobresale entre el papel de periódico y las astillas de madera contrachapada. Es una fotografía amarillenta. Una vieja *polaroid*. Lorena y yo en una playa con palmeras... Es preciosa... Ahora la recuerdo. Joder. ¿Cómo he podido olvidarla? Me han jodido. Han jugado conmigo. Y lo siguen haciendo... Los mataré, juro que los mataré a todos.

Siento esa presión dentro de mí. Tengo que controlarla. Necesito enfocar la presión en la dirección adecuada. Ahora recuerdo mi objetivo. Debo matarlos a todos. Pero no puedo contener toda esta presión o reventaré. Así que me dejo llevar un poco... Mis pies aplastan el marco de acero de la cama. Mis puños golpean la puerta del armario hasta convertirla en astillas.

- ¡Aaaaaaaaah! -Me apoyo en la pared de metal. Mis nudillos chorrean y lo manchan todo de rojo. Mi cuerpo se escurre por la pared y me quedo sentado en el suelo de goma. Sin fuerzas. Un puto muñeco de trapo. Eso es lo que soy. Pero se arrepentirán de haber jugado conmigo. Los mataré, juro que los mataré a todos...

Ahora lo recuerdo. Recuerdo el escondrijo tras la puerta corrediza. La puerta del camarote está enganchada a un par de carriles por los que se desliza para abrir y cerrar. Aparto del umbral el montón de ropa sucia, pringándola de sangre. Aún arrodillado, apoyo mis manos sobre la puerta y la empujo... Ahí está. Un hueco en la pared, cerca del suelo, queda al descubierto. Introduzco mi mano izquierda, algo menos hinchada que la derecha. Mis dedos palpan la mierda grasienta que inunda todo el puto lugar. Pero pronto encuentran algo más: Una superficie lisa, un vértice afilado, un cubo perfecto. Saco la mano del escondite y ahí está, entre mis dedos. Un *datacube* de 256 Teras. Transparente como un diamante tallado, pero con la forma de un vulgar cubito de hielo. Tiene que ser esto.

- ¡Ey, Johnny! -El rugido de la .45 aplasta el eco de mi voz. Dos, tres disparos. Está fuera, quizá en la cubierta. Creo distinguir el zap zap zap de un lanza-clavos... ¿o son varios? De nuevo un rugido ronco. Joder... Vuelvo a esconder el *datacube* en el agujero. Dejo la puerta entreabierta. Y espero. Espero, aún con ese duende vengativo gritándome dentro de la cabeza, golpeando mi corazón, presionando mi pecho para que salga del camarote y los mate a todos. Pero mi mente aún está en su sitio, entera. Espero que aguante ahí lo suficiente. Escucho algunos golpes. Pasos. Alguien baja la escalera. Alguien que pesa bastante menos de cien kilos. La hoja curva sobresale por debajo de mi puño. La punta hacia delante, como un colmillo de tiburón listo para dibujar un ocho en las tripas de cualquiera. El tipo aguarda un segundo en el pasillo, le escucho respirar. A través de la rendija que deja la puerta entreabierta aparece un diminuto espejo circular. Veo el reflejo de un ojo azul. Mi mano izquierda busca y encuentra. Mi mano derecha corta. Zap zap zap. Los clavos ultrasónicos abollan la puerta desde el otro lado, pero no la atraviesan. La hoja del kerambit sigue su camino, deslizándose como el pincel de un artista. Rojo, su sobaco. Rojo, su garganta. Rojo, su muslo. El tipo se desangra por todos esos puntos clave que no cubre su disimulada cota de malla. Ni siquiera ha visto mi cara antes de caer mutilado al otro lado de la puerta. No recuerdo las lecciones, pero debieron de adiestrarme bien en la academia militar... Abro la puerta y echo un vistazo al pasillo. Nadie. Tengo las manos resbaladizas por la sangre. Me las limpio en la ropa oscura del tipo y arranco el lanza-clavos de su mano muerta. El marcador de munición indica 97. Sí, es el modelo que utiliza la FSB. También lo es el chaleco de Vectran, dos veces más fuerte que el Kevlar, diez veces más fuerte que el acero, y mucho más barato que los nanotubos de la CIA. Avanzo con sigilo por el pasillo. Subo las escaleras peldaño a peldaño, con cuidado.

- ¡Jodeteeee! -escucho gritar a Johnny cerca de la puerta. Y en ese mimo instante se

abalanza sobre mí una figura oscura y pesada. Rodamos escaleras abajo. Procuro mantener bien agarrado al tipo. Procuro no romperme el cuello mientras caemos. Cuando llegamos al pie de la escalera, le tengo bien sujeto del cuello de la camisa. Parece un tipo corriente, pero tiene esa misma mirada asesina en los ojos y ese mismo chaleco antibalas. No hay duda, se trata de un comando del FSB. Zap zap zap. Le relleno de acero el cráneo antes de que pueda reaccionar. Pero estoy demasiado cerca y me salpica. Joder, no veo nada. Deprisa. Me quito de la cara los pedacitos de cerebro triturado. Ya: por fin puedo ver. Aún en el suelo, me giro hacia la escalera. El lanza-clavos tiembla en mi puño. En lo alto de la escalera aguarda una figura enorme y musculosa. Johnny. Mi dedo se aparta del gatillo. Respiro hondo hasta que el corazón deja de aplastarse contra las costillas.

- Ese era el último... ¿Estás bien? -me pregunta. Su poderosa voz es ahora casi un susurro. Está encorvado, con una mano en el abdomen. Como si le hubiese sentado mal la comida.

- Creo que sí... ¿Y tú? -El sabor salado de la sangre inunda mi boca. Escupo un gargajo rojo sobre el cadáver.

- El hijoputa me ha metido uno en las tripas -responde, y aparta la mano para ver la herida. En su camiseta se distingue tan sólo una pequeña quemadura negra sobre un fondo rojo.- Vámonos...

- Sí. Alguien tiene que echarle un vistazo a eso... -Aparto el fiambre decapitado que aún tengo encima, y rebusco de nuevo en el escondrijo.- Además, tenemos el soft... -El grandullón hace un esfuerzo por transformar su mueca de dolor en una sonrisa.

Cojemos hasta el parking. Johnny va dejando un reguero de sangre. Nos arrastramos lo más deprisa que podemos. No nos podemos fiar ni de nuestras sombras. Los neumáticos de la moto dejan una marca negra y humeante en el asfalto cuando Johnny aprieta a fondo, y nos alejamos del puerto a todo gas. La sobredosis de adrenalina ha debido de limpiarme el cuerpo de Soma. Me he cargado a dos tipos y tengo lo que buscábamos. Estoy de vuelta. Espero que dure...

Pego un largo trago de vodka. La sangre de mis encías tiñe de rojo el líquido cristalino. Lo miro atontado mientras doy vueltas al vaso. Adormilado. Anestesiado. Medio borracho. Pero me sigue doliendo todo el puto cuerpo. Ese dolor sordo en los músculos, en las articulaciones, como un ruido de fondo que no calla jamás. Creo que aún tengo la huella del acero corrugado de las escaleras marcado en mi culo. Pero lo de Johnny es peor. Un jodido clavo de acero sale disparado a mil doscientos metros por segundo y se te hunde en el estómago. Al principio te perfora como una aguja. La herida es diminuta, igual que si te hubiesen apuñalado con un pica-hielos. Pero entonces, la aguja se desestabiliza. Empieza a girar como un molinillo que te tritura las tripas. Frena rápidamente. Y toda esa energía cinética que transporta se la traga tu cuerpo. Con los lanza-clavos que usa el FSB, la presión del impacto puede superar las doscientas atmósferas. Tu carne se expande. Lo que en principio era una punción del diámetro de un pajita de refresco, termina siendo un desagüe de sangre, hasta treinta veces más ancho que el proyectil. La onda de choque puede romperte las costillas. Si el clavo atraviesa un órgano que no puede dilatarse lo suficiente, revienta. Imagínate el hígado, imagínate uno de tus riñones, imagina tu corazón. ¡Puf! Explotando dentro de ti, como un globo hinchado de carne picada... Imagina tu cráneo. Sin espacio para expandirse. Reventaría como un melón y tus sesos licuados se esparcirían por todas partes. Por eso no me gustan los lanza-clavos. Son demasiado sucios. Afortunadamente Johnny es un tipo duro. Vivirá. Me traje de vuelta al bar del Rata sin quejarse una sola vez. Y después se perdió de nuevo con su moto, callejeando el barrio chino en busca de un veterinario discreto que le apañe el cuerpo. Aún con las tripas rotas, Johnny siguió sonriendo... porque habíamos encontrado el maldito soft. Es un tipo duro. Vivirá, no le queda otra.

- Vigilaban el lugar, nada más. Por pura rutina -comenta el Rata. Su brazo ortopédico zumba mientras me sirve otra copa de su licor casero-. Era vuestro nidito. Establecieron un equipo de vigilancia, por pura rutina. Nada más. Ellos creen que te tienen controlado. Si os hubiesen seguido para joderos, no habrías salido de allí. Y mucho menos con ese cubo...

- ¿Misha y su gente no han terminado aún de revisar el programa? -Tengo ganas de verlo funcionar. La obra de Lorena. Seguramente lo último que programó...

- Imagínate. Tiene que ser la hostia de complicado, C. Ese soft debe ser capaz de hackear la red del gobierno global. No es como colarse en una máquina de la Internet. Esa puta red Alfa nos controla por completo, colega. Manejan los transportes de mercancías, las transferencias bancarias, la migración, la sanidad, la educación, la prensa... Aquí los biochips aún no se conectan a la red. Pero en América y en Europa ya lo hacen, tío. Con ellos saben si fumas, si bebes, si follas. Sabe si tomas la dosis de Soma adecuada para ser un buen ciudadano zombie que se traga sus mentiras. Según Washington es para erradicar el terrorismo definitivamente, ja, ja, ja. Pronto nos tendrán bien pillados por los huevos, C. Con el nuevo gobierno global se acabó la *glásnost*.

- ¡Qué me vas a contar...! -Cuando se pone a hablar no hay quien le pare. Habla y habla, y yo sólo quiero seguir bebiendo para no pensar en ella.

- ¿Y qué decir de la tele? -continúa el Rata- Empezó siendo una caja tonta, y ha terminado siendo nuestro *hermano mayor*... Putos yanquis. Poco a poco han conseguido superar con creces a los Estalinistas y a los Nazis. Así, sin que nadie parezca darse cuenta. Cada jodida tele en este planeta tiene una dirección única, una IPv8, y su programación puede ser alterada en tiempo real. Así meten los putos mensajes subliminales, justo donde los quieren. Si en el distrito tres no toman suficientes píldoras azules, sus pantallas les comerán el tarro día y noche para que lo hagan. Los niños del sector ocho aprenden a sumar y restar con Epi y Blas, y si han tomado su merienda de leche y Soma, el señor parpadeante que aparece a veces les enseña que el crimen no compensa, que el trabajo de doce horas diarias dignifica y que el consumo es divertido. Y eso no es todo, César. Se dice que las nuevas pantallas pueden captar imagen y sonido. Imagínate, tío. Ya están aquí las *telescreens* de Orwell. Pobre Jorgito, si supiera que los más cabrones de todos no fueron los *commies* sino los neoliberales, ja, ja, ja...

- Todo lo que tiene demasiado poder es asqueroso, Rata, ya sea rojo o azul. El único poder que debería tener la gente es el de hacer lo que quisiera con su propia vida. -La echo de menos, la necesito... -La felicidad, el amor, en aldeas, en el bosque...

- Estás borracho, César. Eso nunca ocurrirá. Delirios, delirios. Debes de tener fiebre. Ah... -suspira, meneando la cabeza y se pone a sacarle brillo a una jarra pulida por el uso. Los motores de su brazo zumban como avispa cabreada.

Sí. Estoy borracho. Por eso estoy triste... O quizá estoy triste y por eso estoy borracho. Del trasero de mis vaqueros saco la *polaroid*. Lorena. Una nena preciosa. Y brillante. Y dulce. Y encantadora. Y la quiero, joder. La amo tanto... la amaba tanto. Debo terminar con este asunto yo mismo. Estoy jodido, chiflado, perturbado. Pero debo hacerlo, por ella. Estoy cansado. Pero no puedo dormirme ahora, no debo perder el control ni un puto segundo. Estoy borracho. Pero no voy a desperdiciar ni un instante más en mi otra personalidad, en mi yo idiota y falso. Busco una roja en mis bolsillos. Terminaré el trabajo... Juego con ella en la boca. Ya descansaré después... Y me la trago con un sorbo de vodka.

Por fin una noche clara. Sin nubes. Tan solo la perenne capa de contaminación, como un filtro canela, como un condón sucio sobre mi cabeza. El gobierno ha cortado el suministro de energía eléctrica, como cada noche en el barrio chino. La Luna llena es un foco enorme y perfecto en un cielo de ceniza. Femenina, sensual, hechicera... Preciosa, como Lorena... ¿Cómo pude olvidarla? ¿Cómo pude confundirla, joder? No soy más que un desperdicio humano. Pero no fallaré esta vez. Esta será mi última misión. Lo último que recordarán de mí los pocos que me conocen será lo que ocurra esta noche mágica. Así que debo hacerlo bien. Me esforzaré. Esta vez no fallaré. Me mantendré despierto. Seré cuidadoso. Permaneceré alerta. Esta noche no seré el maldito chiflado que no recuerda ni cómo atarse los cordones de los zapatos.

Espero al 282 apoyado en el poste pintarrajeado de la parada del autobús. No puedo abandonar el barrio chino en coche a estas horas sin un pase especial que jamás se me ocurriría solicitar. Seguramente estoy en la lista de *Specially Designated Nationals And Blocked Persons* que actualiza el gobierno de Washington cada día. La única forma de salir sin armar escándalo es coger el autobús. Es una medida estúpida, como todas las leyes y medidas *antiterroristas* que se inventan cada día de la semana. Siempre he imaginado que el propósito fundamental de dichas normas es básicamente tocarle los huevos a la gente humilde. O poner a prueba la tolerancia de

la ciudadanía al recorte de la libertades civiles. Cortes de corriente nocturnos, abandono de la infraestructura y de los servicios públicos, los helicópteros de la poli que merodean a todas horas... Es como si te quisieran decir: *¿Así que no quieres trabar duro y consumir alegremente? ¿Te conformas con trabajar como peón en una línea de montaje? ¿No quieres competir, no quieres jugar como los demás? ¿Tu única aspiración es ser feliz como un bohemio borracho en el peor barrio del estado? Pues para nosotros eres un puto terrorista en potencia, un anarquista, un rojo de mierda. Disfruta de los vertederos al aire libre, de las centrales térmicas, de las estaciones repetidoras y de los aeropuertos de carga que plantamos en los alrededores de tu asqueroso barrio. Al fin y al cabo no produces nada, a diferencia de los banqueros o de los jefes de gobierno, así que nada te debemos.*

El bus está vacío. Paso mi mano por el detector y el torno me deja pasar. Me alegra sentir por fin el aire acondicionado del bus. Debe de estar al máximo, es como una tormenta en Groenlandia. Pero bajo la chupa de plumas que no me puedo quitar estoy chorreando sudor. Elijo un sitio al azar en medio del pasillo y me siento. El hierro de Johnny se me clava en el estómago. Lo muevo en la cintura de los vaqueros hasta que deja de molestar. Me coloco lo más cómodo que puedo en el asiento de plástico pseudoanatómico. El camino es largo. Acaricio el hierro caliente, recordando las palabras del barbudo. Es una verdadera antigüedad, una reliquia de coleccionista. Personalmente creo que es demasiado grande, pero un favor es un favor. Según Mijaíl, el grandullón la llama Lucille. Es una Colt 1911 del .45. Debió de pertenecer a algún soldado del antiguo ejército de los Estados Unidos, antes de que lo privatizaran. Según Mijaíl, el grandullón la tiene un especial afecto porque le salvó la vida en un par de ocasiones. Está bien cuidada, limpia y engrasada. Semi auto, acción simple, munición subsónica, enorme y pesada, potente y robusta. Según Mijaíl, el grandullón quiere que la lleve esta noche para que me de suerte. Johnny, qué tipo... ¡Ponte bueno pronto! Los lanza-clavos llevan cargadores de cien proyectiles. Este cacharro lleva siete, y uno en la recámara si eres un paranoico como yo. Es demasiado grande. Pero un favor es un favor.

El bus recorre la autopista solitaria. Comiendo asfalto hacia las afueras, hacia el cinturón industrial. Se me está pasando la borrachera, pero estoy tan cansado como Ulises al final de su odisea. He de bajarme en la primera parada después de dejar la autopista. He quedado con Lorena en la antigua fábrica de jabón. Se supone que debo llevar las IP's de las asambleas de Europa y del PKK en Turquía, para contactar con ellos, para que nos ayuden. No sé muy bien en qué día vivo... Pero creo que fue anteayer... Sí, bueno... ¿Qué más da? Parece ser que hubo un descuido en una de las conducciones de gas, que permaneció abierta durante horas o días. El caso es que precisamente cuando las cinco células, unas ciento cincuenta personas, comenzaban su labor en el laboratorio de Amos... ¡Bang! Una chispa casual y la correspondiente explosión. Todos muertos, más carne picada, arte abstracto en las paredes. Según la CIA, la mejor forma de asesinato es el *accidente*. No sé si algo tan burdo es *lo mejor*, pero es su forma de actuar. Supongo que siempre andan buscando excusas para la opinión pública, si es que eso existe, y aunque la prensa esté *subvencionada* por el gobierno y las empresas desde hace un siglo. Pero da igual. En realidad esas personas no tenían nada que ver con la resistencia. Mijaíl y los suyos son unos auténticos cabroncetes.

- Nos appena la muerte de esos currantes que buscaron un segundo empleo en nuestra fábrica de jabón. Pero nos apenaría mucho más haber perdido a nuestras células. No nos podíamos arriesgar... -me dijo en el bar del Rata. Un auténtico cabroncete. Bueno, él no fue el que hizo saltar en pedazos a esos infelices. Aunque tenía una idea de lo que podía ocurrir...

Estoy hasta la polla de que la gente juegue con la gente. ¿Tanta mierda para qué? La raza humana cada día se merece más un meteorito que la destruya por completo. Una inundación de la que no se libren ni los Noe de la guía telefónica. Un virus que nos coma vivos mientras la Tierra se reconstruye sin nuestra plaga. O morirnos de asco en nuestra propia mierda. Después de la guerra fría perdimos la oportunidad de autodestruirnos con las nucleares, una puta lástima.

Estoy muy cansado. Necesito algo que me despierte. Saco el MP9 del bolsillo del plumas y me lo meto en el oído. RATM estará bien. Al otro lado de la ventanilla corren las tierras secas, inútiles, llenas de escombros, cardos y ratas. Tierra yermas que me recuerdan la libertad del desierto. La libertad que ya nadie puede saborear. Cada día las posibilidades disminuyen... Ya

sólo queda un camino hacia la libertad... Estoy muy cansado...

- *¡Wake up! ¡Wake up! ¡Wake up! ¡Wake up! ¡Wake up!*

Despierto y mis ojos se enfrentan a lo desconocido. Un ser minimalista, pero simpático. El *smiley* grabado en el asiento de delante me sonríe sin pedirme nada a cambio. Un círculo, dos ojos vacíos y una boca de plástico derretido y sucio. Estoy recostado en un incómodo asiento de autobús. ¿Voy o vengo de trabajar? Me duele la espalda. Vuelvo a pegar el culo al asiento como es debido, pero algo se me clava en el estómago. Joder, ¿qué es esto? Debajo de un plumas negro que no he visto en mi vida y de una camisa blanca empapada de sudor, una pipa, una pipa enorme. Miro a mi alrededor. Miro en los asientos de detrás, en los de delante. No hay nadie. El bus está vacío. Saco la pistola y le echo un vistazo. Pesa más de un kilo. ¡Claro! Es una M1911A1, semiautomática del calibre .45... Espléndida antigüedad. La sopeso con placer, sin saber por qué. La admiro como uno admira una exquisita obra de arte abstracto. Pero... ¿Qué coño hacía eso en mi cintura? ¿Cómo coño he llegado hasta aquí? ¿Y dónde coño me lleva este puto cacharro? Tras las ventanillas, las tierras de nadie. La única luz proviene de las farolas de la autopista vacía. Sin tráfico. Debe ser tarde.

- *The world is my expense. The cost of my desire...* -en mis oídos vuelve a gritar esa voz. Creía que la había soñado, pero es real. Me llevo una mano al oído y saco el auricular. Un MP9, sólo música. Me lo vuelvo a poner, ¿por qué no? Presiento un ataque de pánico, así que intento tomármelo con calma. No sé cómo he llegado aquí. Creo que últimamente no he dormido suficiente. Estoy muy cansado. Necesito algo... Una pastilla de soma. Busco en los bolsillos de los vaqueros. Aquí hay una. Abro la palma de mi mano y la píldora roja rueda por ella durante un instante. *Déjà vu*. Pero esto no es Soma, no es azul... ¿Qué coño es esto?

- *There's no other pill to take, so swallow the one that make you ill...* -las palabras se me clavan en el cerebro. Vale, vale. Bajo el volumen del reproductor y me llevo la pastilla a la boca. Trato de recordad cómo he subido yo a este puto autobús con una pistola... Pero soy incapaz... Necesito ayuda. Trago y la droga cae con dificultad por mi garganta reseca. Hace bastante frío aquí dentro. Siento náuseas. Empieza a dolerme el estómago. Joder... Creo que siempre que tomo la píldora roja me pongo enfermo. Aunque mucho peor es ignorar lo que te duele. Sí, eso es lo que hace la azul. Ahora sé con precisión lo que me duele. Voy recuperando mi puta memoria. No es el jodido estómago... No es el jodido corazón... No tengo una jodida taquicardia... No es que no pueda respirar profundamente, ni que me duela el pecho... Es que ella... Me falta ella... La necesito como un puto yonqui necesita su caballo. No se si fui lo bastante para ella, no lo recuerdo. Ahora no soy más que escoria. Puede que no tenga derecho a decir que la amo. Pero me duele tanto no tenerla... Levanto mi culo y compruebo el bolsillo trasero de mis vaqueros. Sí, aquí esta. La *polaroid*. La chica de pelo corto, morena, carita dulce de niña traviesa, esos dientes blancos y perfectos, esa sonrisa, esos ojitos tan puros... Esta noche es la noche. Estoy preparado. A través de la ventanilla veo acercarse la silueta oscura de una vieja fábrica. La vieja fábrica. Me levanto y pulso el botón de stop. Camino despacio hacia la salida del bus, dejando atrás la vieja foto sobre el asiento de plástico mugriento.

Está amaneciendo. La Luna ya quiere irse y el Sol aún no ha llegado. La verja de metal tiene en lo alto una maraña de bucles de alambre de espino, pero el portalón está abierto. Paso junto a una garita de chapa, los cristales rotos y las paredes cubiertas de hollín y grafiti. Los bolsillos de mi chupa están rajados. Mientras camino hacia el edificio principal, de ladrillo gris guarro, mis manos trabajan disimuladamente con el cable que llevo atado al pecho. Quizá me están observando. Siempre he sido un paranoico, supongo. No hay puerta. Cruzo el marco herrumbroso. Dentro está oscuro. Mis pasos resuenan por los pasillos vacíos de la vieja factoría. Huele a yeso mohoso, a madera quemada, a ladrillo en descomposición. Deshago el cortocircuito y le conecto la batería. El edificio es como una ballena muerta que se pudre desde hace años. Mi mano izquierda enrolla el interruptor con cinta adhesiva. Yo soy Jonás. Espero que santa Bárbara me proteja, ja, ja. Lástima ser ateo. O no. Así todo tiene más mérito. Mi único dios soy yo mismo. Por eso soy libre, y el único responsable de mis actos. El estrecho pasillo se abre a una sala amplia y casi vacía. Las vigas de acero del techo forman la espina dorsal y las costillas del monstruo. Su piel es de uralita gris resquebrajada y agujereada por el tiempo. La luz blanquecina

de la mañana se cuele por unas claraboyas de metacrilato. En medio de las máquinas extrañas y aceitosas hay una mesa. Sobre ella un maletín negro. A ambos lados de la mesa un par de sillas. Una vacía y la otra ocupada por... ella.

- Hola, amor -dice, atenta al maletín mientras lo abre. El eco de su voz se une al de mis pasos. Una paloma gris aletea nerviosa sobre nuestras cabezas durante unos segundos, hasta que encuentra un hueco por el que salir volando hacia la libertad.- Te has retrasado un poco.

- Hola, preciosa. Lo siento, ya sabes: mi cabeza... -Arrastro la silla vacía y me siento en ella.- ¿Puedes establecer la conexión? Creo que es urgente.

- Si confiaran más en mí podríamos haber enviado el mensaje mucho antes...

- Las IP's de las células del NRK son *top secret*, cielo. Y después del accidente del otro día... están algo susceptibles. No pueden confiarle a cualquiera la posición de sus agentes.

- ¿A cualquiera? Bueno, han confiado en ti...

- Sí, bueno. Ya sabes lo que hice en el desierto...

- Sí, yo lo recuerdo. ¿Y tú? -me pregunta. Mi mandíbula chasquea, quiere morder... -No sé lo que te han dicho ellos, pero yo no soy el topo. Es evidente que el "accidente" fue cosa del FSB o de la CIA. Tienen un topo, y por eso mismo no puedo entregarles sin más las claves de acceso a la red Alfa. Si no se fían de mí, que utilicen Internet.

- Ya sabes que no pueden. El gobierno escanea Internet continuamente, los detectarían al instante. Necesitan utilizar las pantallas para comunicar su situación al NRK europeo. Washington no sospecharía jamás de su propia red. Creen que es invulnerable.

- Sabes que quiero colaborar con la causa, C. Hago todo lo que puedo -me dice, con esa carita de ángel.

- Vale...

- ¿Vale? Pues dame las IP's y terminemos de una vez...

- No.

- ¿Cómo que no?

- Mijaíl quiere que envíe el mensaje yo mismo.

- Qué estupidez... ¿Acaso no te fías de mí, amor? Es increíble.

- Nena... Sé perfectamente quién eres... Pero Mijaíl ha confiado en mí y...

- Está bien -responde con dureza. Sus fuertes brazos giran con brusquedad el maletín hasta dejarlo frente a mí. Es una máquina negra con una pantalla de plasma y un teclado convencional.- Envía el mensaje tú mismo, César. Si no confías en mí...

- Gracias -le digo, y busco el *datacube* en el bolsillo de los vaqueros. Lo conecto y la máquina lo monta automáticamente. Abro una interfaz de línea de comandos y accedo a las utilidades del paquete. `$>cd /media/loredata`, Intro. `$>rar -x NRK-Vir-Package`, Intro. `$>cd tools`, Intro. `$>exe NRK-Tracer`, Intro. `$> ¡No Alfa connection, guy!`- Cielo, no hay conexión Alfa.

- Puedes programar el mensaje *off-line* -responde desde el otro lado de la mesa-. Cuando la aplicación obtenga línea cargará las tareas en el servidor de pantallas automáticamente y...

-No, no. Debe ser *on-line*, cielo -digo yo. ¡Quiero línea Alfa, ya! Sus ojos quedan vacíos un instante, como si estuviese en trance. Después vuelve a Tierra y contesta:

- Claro. No hay problema. -Se levanta y se acerca a mí. Me aparto un poco para que pueda trabajar con la máquina. Huele bien. Tiene unas tetas bonitas... Pero sus dedos son torpes y lentos sobre el teclado. `$>vi /etc/alfanetwork/interfaces`, Intro. `$>exe /etc/init.d/alfanetworking restart`, Intro. No soy un experto pero sé lo que está haciendo. `$>exe ifconfig`, Intro. Permíto que continúe, y cuando termina, me dice:- *Voilà*. Ya tiene conexión el señorito.

- Gracias. -Es cierto, por fin. Libero el exterminador de *sniffers*. `$> exe NRK-Killsinff`, Intro. Ella se queda cerca. Noto su presencia junto a mí. De pie, observando la pantalla sobre mis hombros. Ejecuto el instalador. `$>exe NRK-Vir-Install`, Intro.

- ¿NRK-Vir? ¿Qué diablos es eso, César?

- ¿No reconoces tu propio código, Lorena? O como quiera que te llames, en realidad... -La pantalla se llena de datos y mensajes inescrutables que caen hacia el infinito desde el buffer.

- ¿Qué cojones has lanzado, cabrón? -Su respiración se hace más fuerte.

- No me gusta ese tono de voz. Lorena era mucho más simpática. -He terminado con el teclado. Meto las manos en los bolsillos. Y juegan dentro de mi chaqueta, activando el interruptor.-

Claro que ella no era una jodida asesina como tú -le digo, sin apartar la vista de la pantalla. Percibo el susurro del aire. Hoy estoy inspirado, ésta es mi noche. La siento a mis espaldas. Huelo su miedo. Intuyo su ira. Y salto a tiempo, tan veloz como las cifras que ruedan por la pantalla. La silla cae a un lado. Antes de que el eco responda mi mano levanta el kilo y cuarto de acero. El más rápido del Oeste, nena. El cañón de Lucille golpea con fuerza su frente pálida, y cae de culo al suelo de hormigón. Aún tiene la mano en la espada. Su lanza-clavos a medio camino en la funda de nailon. No la veo, pero la huelo.- Suelta eso, cariño.

- No seas tonto. No vas a conseguir nada. La conexión Alfa durará tan sólo un minuto.

- Casi tanto como tu vida... -Amartillo a Lucille. El índice de mi mano acaricia su gatillo.

- No entiendes nada. Esos cabrones del NRK te han mentido. ¿Qué te han dicho de mí?

- Ellos sólo lo intuían. Yo lo supe. Encontré una fotografía... de Lorena. En el barco.

- Jodidos chapuzas... -dice, más relajada ahora- El FSB me aseguró que lo habían limpiado a fondo. ¡Lo tenían que haber hundido! Putos ineptos -dice casi para sí misma, mientras niega con su cabecita rubia-. Ja, ja, ja. ¿Así que todo esto por una foto, eh?

- ¿Qué la hicisteis?

- No te acuerdas de nada, ¿verdad? Eres un maldito desastre, César. Das lástima.

- ¡¿Qué la hicisteis?!

- ¿De verdad quieres saberlo?

- Dímelo...

- Um. Ya veo. Quieres sufrir... Ja, ja. Tú mandas, campeón... -Odio esa sonrisa torcida.

Tose teatralmente, como quien empieza un discurso, y continúa- Hace cinco años... No eras un soldado, César. Nunca has valido para eso. No pertenecías al FSB, ni a ningún tipo de agencia gubernamental. Ni siquiera aparecías en el censo de Metroplex. Te las arreglaste para eliminar tu identidad de las bases de datos del gobierno. Eras un hippie miserable, cabreado con el mundo por algún trauma infantil... ¿y a quién le importa? Pero un día, tú y tus amiguitos decidisteis derretir los cajeros y las sucursales bancarias de todo un distrito con napalm casero. Dos agentes del orden resultaron heridos mientras efectuaban tu arresto. Un niño como tantos otros, César. Te hubiesen caído ocho añitos y a la calle. Pero entre tus efectos personales descubrieron una foto de Lorena Smirnova, fichada en 2036 por delitos informáticos contra corporaciones financieras de poca monta. Cumplió sólo cinco años. Con toda probabilidad se la chupó al alcaide. Después de eso se olvidaron de ella. Pero tu chica era una puta inquieta. En 2042 se la relacionaba con un acceso ilegal a la red Alfa. Seis meses más tarde la seguían buscando, además, por decenas de transferencias financieras ilegales vinculadas con NRK. Pero era imposible localizarla. Cuando la poli vio su foto en tu cartera, los chicos del FSB entraron en escena. Tenían que hacerte algunas preguntas. En la CIA somos respetuosos con los derechos humanos... Je, je, bueno, al menos seguimos ciertas normas morales. Pero estos paletos del FSB... Te torturaron durante una semana. Ahora ya sabes dónde perdiste esas uñas, el porqué de esas quemaduras en los pies... Cuando me enviaron a este hediondo agujero que es Metroplex y te vi por primera vez, apenas te quedaban ganas de vivir. Pero no les habías contado nada interesante. Ni siquiera sabían dónde vivías. No tenían nada. Habían descubierto sus cartas y no podían volver atrás. No podían arreglarlo. No podían soltarte y esperar simplemente a que regresases a casa con tu chica la pirata. La cagaron. Aún tienen mucho que aprender. Poco a poco vamos unificando estándares, pero de momento el FSB necesita con urgencia la ayuda de asesores de inteligencia, como yo misma. Como Coordinadora Científica en el departamento de Control Mental de la agencia, he tenido la oportunidad de trabajar durante dos años en el proyecto MKUltra III y otros dos en Bluebird V. Seré sincera contigo, amorcito: Me lo pusiste más difícil de lo que imaginaba. Pero al final logré transformar a un niño anarquista en un agente del Servicio Federal de Seguridad. Yo, yo te hice ese favor. Te ascendí. Te regalé una vida honrada. Te hice creer que eras un agente doble, que estabas infiltrado en una asociación anarquista, que tu misión consistía en desenmascarar a una tocapelotas informática que nos estaba jodiendo. Convencido de tu nueva identidad, nos entregaste sin remordimientos a esa puta tuya. Quedasteis en el gym al que solíais ir. Y allí la atrapamos. Ah... ¡Lástima que no recuerdes la cara que puso al comprender que la habías traicionado!

- ¡Hija de puta! -Aún no. Me esfuerzo. Me esfuerzo tanto por no apretar el gatillo que todo

mi cuerpo tiembla. Aún no, aún no.

- Tranquilo, César. ¿Quieres escuchar el resto? Pues por desgracia esa zorra era muy fuerte. No quería decirme nada. Quizá tuve un mal día, o me equivoqué de dosis... ¿Qué importa? El caso es que no salió de la 101. La muy cerda se murió sin comprometer al NRK. La espichó, y te lo conté. No es que sea una sádica, comprendeme, no quería ser cruel. En aquel momento me pareció una buena forma de comprobar tu lavado. Sólo una prueba de laboratorio. ¿Cómo reaccionaría mi soldadito? Ah... Mi implante falló. Se te fue la olla, amigo. Cabía esperarlo. Estas cosas no son infalibles, y la mente se va pudriendo. Yo te habría sacrificado en ese mismo momento, para no hacerte sufrir más. Pero el FSB estaba entusiasmado con el éxito de la misión, y te querían. Eras su amuleto. Los rusos sois unos supersticiosos de mierda, C. Me vi obligada a corregir tu trastorno de identidad disociativo. Volviste a ser un agente doble del FSB, esta vez con una misión en el desierto. El trabajo consistía en controlar a una guerrilla libre asociada con el PKK. Te preparé afondo y, terminada mi tarea, volví a Estados Unidos. Durante algunos años me olvidé de ti. Hasta hace unos meses, que me volvieron a llamar. Te habían perdido el rastro y te habían vuelto a encontrar, vagando por los suburbios fronterizos. Decías ser un tal Cornélio. Trabajabas como limpia coches por cinco pavos la hora. Ellos querían reutilizarte. Y tuve que volver a este agujero de mierda, otra vez. Me pareció buena idea ser yo misma la que suplantase a tu querida Lorena, que no eras capaz de olvidar por más drogas que te tomaras. Así te mantendría estable y bajo control. Cualquiera podría pensar que estoy enamorada de ti, ¿eh?...

- Jódete... -He de centrarme, centrarme. Echo un vistazo rápido a la pantalla. La instalación del NRK-Vir continúa.

- No te enfades, mi niño. Todo esto no es más que un juego. Ellos son los indios y nosotros los vaqueros. En cuanto a ti... No eres más que un maldito chiflado... Un chiflado con una pistola herrumbrosa. ¿Acaso no te gusta la identidad que te he concedido? ¿Ese poder? ¿Ese bienestar? Te he convertido en un super-agente del FSB, en un hombretón listo y preparado. ¿No te gusta esta nueva personalidad?

- Tu personalidad artificial se diluye a cada instante. Eres una chapucera...

- Pues nadie me había follado así desde primaria, cariño. Pero sí, quizá siempre has sido tú mismo, pero eras incapaz de resistirte a lo que se te ofrecía, ¿eh, campeón? ¿Es que estabas cansado de las morenas y te apetecía una rubia? ¿Acaso tu Lorena no te dejaba satisfecho? Seguro que era una frígida... -continúa. No podrá conmigo. Haré lo que tenga que hacer cuando llegue el momento... Y entonces, en mitad de este silencio repentino, escucho el eco de medio centenar de botas corriendo por los pasillos vacíos. Están aquí. Los ha llamado de alguna manera. Ha ganado tiempo. Pero ya no importa. Los dígitos se han detenido en la pantalla. La última línea dice: *\$> Instalación Completada. ¡Disfruta!* El virus se ha desplegado. Y segundos después resuena un *beep* estridente cuando aparece una nueva línea que dice: *\$> Lost Alfa Connection.*

- Te lo advertí -dice la chica de la agencia, sentada aún en el suelo lleno de cagadas de paloma-. Un minuto.

- Un minuto. Eso me recuerda algo -le digo, y estrujo a Lucille. El muelle cede y el gatillo mueve la palanca que libera al martillo que golpea al percutor que perfora el fulminante que quema la pólvora que arde y calienta los gases que se expanden y empujan el trozo de plomo que gira y gira guiado por la hélice del cañón que lanza el proyectil directo a su cabeza. Y los sesos de ese insecto venenoso se esparcen por el suelo. Y no me siento mejor. Pero lo estoy haciendo bien. Ya casi he terminado. Tan solo falta el toque artístico. Borrar las huellas. Borrar la escena. Borrarlo todo. Tan solo faltan los fuegos artificiales.

Un equipo de élite entra en la sala. Rápidamente toman posiciones. Me rodean. Me apuntan con sus lanza-clavos. Hormiguitas fuertes y rápidas. Pero estúpidas. No comprenden que ya ha acabado todo. Se quedan ahí quietas, observándome tras sus miras telescópicas, mientras el eco de unos pasos sosegados reverbera en el pasillo. Y entra en la nave. Tranquilo como un turista con Visa Oro. Sus gafas oscuras, su traje negro, su pelo rubio, su rostro pálido. Un aspecto tan... típico. Nunca imaginé que en la CIA trabajase alguien que pareciese trabajar para la CIA. Las hormiguitas abren un corredor para el hombre de negro, se apartan para que no las pise con sus brillantes mocasines de cuero.

- Buenos días, señor Kasnov. Sea tan amable de soltar el arma, por favor -me dice.

Si el hombre de negro supiese lo que sé yo, no me pediría eso. Esta noche mis zapatillas pisan diez kilos más fuerte. Y ni siquiera he cenado.

- Comprendemos sus inquietudes, señor C -me miente.

El señor C ya no tiene inquietudes, amigo. La batería ya pesa lo suyo. La llevo atada al pecho, bajo la chupa, con los mismos cables que pasan después por el interior del forro de la manga hasta mi mano. Allí está el interruptor, normalmente cerrado. Ahora abierto, pues la culata de la .45 lo mantiene pulsado.

- Nuestro único interés es mantener el orden -continúa. Supongo que eso me convierte en el caos y la anarquía. ¡Ave María Purísima!- De la estabilidad de esta sociedad depende que el ser humano continúe evolucionando y no se extinga como el resto de seres inferiores.

Claro, la estabilidad. El cable regresa del interruptor, da unas cuantas vueltas más alrededor de mi pecho y llega hasta la cápsula detonadora. La estabilidad de la injusticia. La estabilidad de la esclavitud. La estabilidad de una evolución tecnológica que nos impide crecer como personas.

- Ya ha muerto un agente -dice, mientras sus gafas oscuras enfocan a la chica del agujero en la cabeza tendida a mis pies-. No empeore la situación, señor C.

No te haces una idea de lo que va a empeorar esta situación, señor corbata. La cápsula detonadora del ocho está embutida en un ladrillo de semtex casero. El Rata no se dedica únicamente a destilar vodka.

- Si baja ese arma ahora y nos dice qué tipo de aplicación ha lanzado a nuestra red, todo se arreglará, señor C -dice. Pero nadie me devolverá a Lorena. Un cordón detonante pinchado en el primer ladrillo pasa a un segundo, y a un tercero y... Qué lástima no poder ver el resultado. Siempre me gustaron los fuegos artificiales. Es lo mejor para terminar cualquier evento importante...

- Aunque no lo crea, la agente Smith le tenía mucha estima, señor C -me dice. Cambia su expresión de turista por una de agente comercial de funeraria. Me mira tras las gafas oscuras y me dice:- Lástima que ella no pueda vivir. ¿Pero quién vive?

- Sí. ¿Quién vive? -le digo. Y suelto a Lucille.

En mi mano queda el pulsador, atado con un par de vueltas de celofán. El muelle en su interior vuelve al estado de reposo, arrastrando una pequeña lámina de cobre. El circuito se cierra cuando Lucille aún no ha golpeado el suelo. La diferencia de potencial de la batería hace que los electrones crucen los niveles energéticos de los átomos de cobre. La corriente circula por el cable. Pasa a través de los terminales hasta el interior de la cápsula de aluminio del detonador. Continúa por un fusible que al calentarse inflama el fulminante, que se pone cachondo y activa el explosivo primario, nitrato de plomo, que hace reaccionar al secundario, pentrita, que patea las moléculas del primer ladrillo de semtex. RDX y una pizca de PETN. El aglutinante, estireno butadieno, y el plastificador, di-n-octil ftalato, le dan esa textura como de plastilina. El material se desintegra. La presión del gas generado se expande a siete kilómetros por segundo. La onda de choque aplasta todo lo que encuentra a su paso. Sus cascos de acero y kevlar se tronchan como nueces bajo una apisonadora. Sus huesos se convierten en polvo, la sangre se pulveriza y se mezcla con el ladrillo molido y el cemento triturado. Y todo se evapora por el calor. Es imposible que sus cerebros reaccionen tan rápido como para sufrir una mierda... Pero no es mi intención generar más dolor en este puto mundo. Odio morir solo, eso es todo.

Fin

César Casanova López
Madrid, 21 de Octubre de 2008